

Memorias del rol de la mujer en la vida ferroviaria de San Rosendo (1960-1980)

Jonathan Muñoz Hidalgo
Jacqueline Muñoz Hidalgo

Memorias del rol de la mujer en la vida ferroviaria de San Rosendo (1960-1980)

Jonathan Muñoz Hidalgo
Jacqueline Muñoz Hidalgo

El contenido de este libro no puede ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

© Jonathan Muñoz Hidalgo
© Jacqueline Muñoz Hidalgo

ISBN:978-956-418-237-7
RPI:Trámite hm6bq3

Investigación y redacción: Jonathan Muñoz Hidalgo
Diagramación, diseño e ilustración: Jacqueline Muñoz Hidalgo

1ª edición, Julio 2024

Impreso por DONNEBAUM S.A.

San Rosendo, Chile, 2024

**Memorias del rol de la mujer en la
vida ferroviaria de San Rosendo
(1960-1980)**







**Memorias del rol de la mujer en la
vida ferroviaria de San Rosendo
(1960-1980)**

***Jonathan Muñoz Hidalgo
Jacqueline Muñoz Hidalgo***

*A todas las mujeres omitidas y excluidas
de nuestra historia*

Agradecimientos

No existe idea, pensamiento ni proyecto humano que deba atribuirse a un solo individuo. Todo lo hecho y aún por hacer, son creaciones compartidas, que, como una flor que germina, antes hubo semilla y una tierra fértil en que florecer. Es por eso, que este libro, ha sido posible especialmente, gracias al aporte infinito de cada una de las mujeres que no dudaron en participar de esta iniciativa, ya sea, en los Encuentros de Memoria o en la entrega personal de sus recuerdos que sabemos, en un futuro muy próximo, serán de un inestimable valor. A todas y a todos quienes facilitaron alguna información relevante, así como los espacios en que se trabajó junto a la comunidad. Al Fondo del Patrimonio Cultural convocatoria 2022, que otorgó el financiamiento y, sobre todo, a quienes conformaron nuestro grupo de trabajo.



Índice

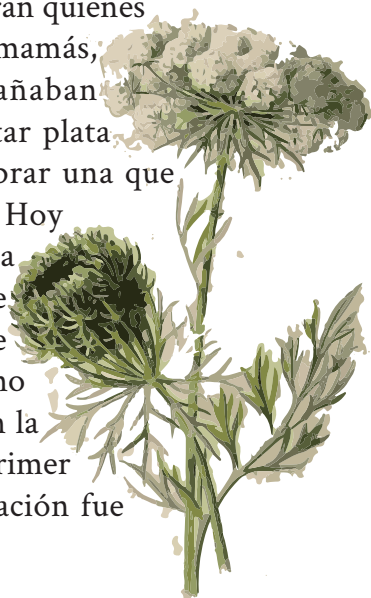
AGRADECIMIENTOS	11
INTRODUCCIÓN	16
EL ROL DE LA MUJER EN LA VIDA DE UN PUEBLO FERROVIARIO	21
Un rol histórico: La maternidad y el trabajo femenino	22
Mujeres Ferroviarias	28
La huelga ferroviaria y el rol de las mujeres	32
Organización y asociatividad: la solidaridad de un pueblo	34
Ser hija de ferroviario	38
TESTIMONIOS	42
Margarita Flores Gutiérrez	43
Silinia Mardonez Rojas	46
Gladys Pérez Henríquez	50
Teresita Burgos Zambrano	52
Mónica Aguilar Ramos	55
Luz Salas Zambrano	60
Bernardita Vergara Cuevas	63
Griselda Pérez Bizama	66
Guacolda Morales Méndez	69
Angélica Reyes Poblete	73
María Concha Martínez	77
Margarita Álvarez Ladrón de Guevara	81
Luz Barra Leiva	84

Oclive Montero Molina	87
Rudencinda Garcés Araneda	89
Olga González Medina	91
Catalina Fonseca Oporto	95
Karin Luna Ferrada	98
Cecilia Rodríguez Rodríguez	102
Raquel Salazar Vergara	105
María Henríquez Pereira	109

En nuestra opinión, lo mejor que tuvo San Rosendo, en esa época, es la solidaridad.

1° Encuentro de memoria, 07 de diciembre, 2023

La sociedad era muy machista y muy restrictiva con las mujeres, por ser mujer no tenías las mismas libertades que los hombres. Aun así, hubo trabajadoras ferroviarias, que no han tenido el mismo reconocimiento que los trabajadores hombres, pero ahí estuvieron. Además, las esposas fueron fundamentales en cada una de las huelgas ferroviarias que hubo, apoyando y, a la vez, avivando a los maridos para conseguir sus demandas. Por otro lado, la mujer tuvo un rol muy importante en muchos ámbitos, en la creación del Liceo de San Rosendo, ya que fueron ellas las que se movilizaron, la Cruz Roja, que era dirigida por mujeres y, más aún, ser madres, cuando ellas se dedicaban enteramente a su hogar, a sus hijos, muchas, incluso dejaban de trabajar una vez se casaban, porque “debían” estar en la casa y, con todo eso, aunque a veces ni siquiera dispusieran de dinero, supieron cómo arreglárselas. También fueron muy activas en el deporte, porque si bien los hombres eran quienes jugaban, las que movían todo eran las mamás, organizaban a los cabros, los acompañaban cuando salían, vendían cosas para juntar plata, o hacían ramadas para el 18 para comprar una que otra cosa, les lavaban los equipos, etc. Hoy las mujeres son distintas y, en cierta medida, fue porque ahí estuvo el rol de las madres, siempre se preocuparon de criar a sus hijas de forma distinta, que no estuvieran sujetas al machismo. Hasta en la iglesia, fueron ellas las que crearon el primer coro de la iglesia católica. Ahí, la educación fue fundamental.



3° Encuentro de Memoria, 26 de marzo, 2024

Introducción

El registro escrito de la memoria es el medio a través del cual las comunidades, desde el presente, piensan su pasado, lo examinan, lo interrogan y, en el diálogo, proyectan junto a otros, un sinfín de futuros y realidades mejores por alcanzar. De este modo, el pasado es una guía contenida en el cúmulo de recuerdos que le otorga sentido al presente, liberando a quienes recuerdan de la incertidumbre de lo porvenir. Así, se hace justicia de lo pasado, deliberando sobre lo “bueno” de él, y que, por tanto, es debido cuidar, así como también de lo “malo” o perjudicial, que debemos, sin lugar a dudas, evitar mantener.

Por esto, compartir el relato de un pasado en común, constituye la base para reconocernos, al estrechar las distancias que nos puedan separar como común-unidad. Además, un espacio en absoluto libre, donde todas las voces son convocadas y, asimismo, valoradas y escuchadas, constituye un aspecto fundamental para la construcción de una sociedad realmente democrática, tanto en el espacio público como privado.

En este sentido, recuperar las memorias de mujeres en la vida de un pueblo ferroviario, como lo fue San Rosendo, es reconocer a quienes por muchos años fueron capaces de sostener, frente a toda adversidad, la vida entera de un pueblo y, más aún, a quienes decidieron cruzar las fronteras de una época que

imponía roles “definidos” para hombres y mujeres en el espacio social, y, más aún, en lo laboral. En el caso de ellas, debiendo enfrentar las barreras, prejuicios y violencias propias de una sociedad “machista” y, en demasiados aspectos, desfavorable.

El patrimonio local de la comuna de San Rosendo, se encuentra innegablemente ligado, entre otras cosas, a su historia ferroviaria, cuyos elementos materiales e inmateriales heredados de ese pasado, han ido fortaleciendo la construcción identitaria y cultural. Y, en ese sentido, entendiendo que el patrimonio también se basa en los significados que las comunidades van otorgándole a su propia historia, se torna muy importante reivindicar los sentidos de la memoria social con nuevos aportes para el trabajo historiográfico bajo una mirada más amplia, equitativa e igualitaria.

Planteamos la necesidad de divisar nuestra historia local más allá del relato global y limitado al mismo acontecimiento siempre rememorado que, hasta ahora, no ha permitido conocer las vivencias y los elementos sociales y culturales “reales” que van conformado los significados patrimoniales locales de la comunidad.

Bajo esa mirada, en su acento patriarcal, la narrativa ferroviaria local, ha desvalorizado y anulado el rol de la mujer, tanto, en el propio ámbito laboral ferroviario de la época, como en otros espacios sociales en que, el aporte

de ellas ha sido fundamental. Desde ahí, es que la exclusión de la mujer dentro de la historia local, no permite visibilizar su rol, también protagonista y activo en la época, otorgándole más bien un papel secundario en la historia, lo cual, sólo contribuye a sustentar en el futuro, un orden simbólico, cultural e ideológico, por lo menos, desfavorable e injusto hacia ellas y, al mismo tiempo, constituyéndose en un elemento limitante para el desarrollo integral de nuestra cultura local. De este modo, el sentido o significados del patrimonio local transmitidos a las futuras generaciones, debe, por cierto, guardar consonancia con la sociedad que deseamos tener.

Así, con ese propósito, creemos que se hace necesario abrir espacios a la memoria colectiva e individual de la comunidad, mediante la creación de instancias participativas que dinamicen y faciliten el recuerdo en común y, en este caso, hacer posible la democratización de la memoria ferroviaria bajo una perspectiva de género, que logre visibilizar e integrar a las mujeres en el relato histórico de nuestra comuna. Problemática que debe constituir prioridad, cuando a través del tiempo, el discurso dominante las ha omitido como actoras relevantes de nuestra historia local, naturalizando desigualdades y asimetrías en el relato sobre el pasado respecto del rol femenino en la “vida ferroviaria” de San Rosendo.

Debemos considerar que las actuales fuentes de conocimiento sobre la época ferroviaria, tienden a enfatizar el rol

de los hombres, debido a que el ámbito ferroviario suele ser reducido al trabajo ejercido, en mayor medida, por ellos en la época que estudiamos, una actividad, por cierto, fuertemente masculinizada, lo que lleva a desconocer o ignorar la participación femenina en el trabajo ferroviario como tal o, igualmente, la acción de ellas en los múltiples otros planos de la vida cotidiana.

Para mayor comprensión del lector, en los Encuentros de Memoria realizados junto a las participantes, se consideró que, al hablar de vida ferroviaria, es posible contemplar un amplio espacio social, político, económico y cultural, que abarca desde la entretención, educación, salud y trabajo. Todos, ámbitos que, de alguna u otra forma, se vinculaban con la empresa de Ferrocarriles del Estado o con la actividad ferroviaria propiamente tal. De este modo, la vida ferroviaria trasciende el espacio en que se desarrollaba esta actividad en tanto trabajo en las vías, ya que el propio pueblo de San Rosendo crece bajo el alero del ferrocarril e, incluso, es esta empresa, la cual impulsa el desarrollo posterior en ámbitos sociales, educativos, culturales, entre otros, a través de la creación y/o promoción de diversas instancias sociales presentes en la vida cotidiana de la mayor parte de la población.

En este sentido, San Rosendo, era un pueblo ferroviario, y las mujeres, al igual que los hombres, estuvieron al frente de toda esa historia.

El proyecto Memorias del rol de la mujer en la vida ferroviaria de San Rosendo (1960-1980), surge como una iniciativa que busca registrar la memoria social de mujeres sanrosendinas, a través de sus testimonios en torno a su propio rol y participación en el ámbito ferroviario en la época estudiada, al interior de la dinámica social y familiar, así como también en otros ámbitos, como es la economía local de la época, por ejemplo.

De esta forma, bajo la modalidad de los “Encuentros de Memoria”, cuya metodología se estructura en la forma de diálogo colectivo, donde las participantes “recuerdan, narran y comparten experiencias e historias que consideran relevantes”, en este caso, en general, sobre la época ferroviaria en San Rosendo, y en particular, sobre el rol de la mujer en la vida ferroviaria del pueblo, considerando los múltiples ámbitos que esta comprende y, desde luego, por medio de la voz y la mirada de mujeres que habitaron ese pasado, lo construyeron, y hoy lo piensan y también lo escriben.

En todo el proceso, fueron convocadas a los distintos Encuentros de Memoria “Choca para mujeres: esposas e hijas de trabajadores ferroviarios 1960-1980” y, de igual modo, a las entrevistas grupales e individuales, a decenas de sanrosendinas, las cuales periodizaron la historia local, señalaron los acontecimientos históricos relevantes de acuerdo a su perspectiva, definieron conceptos claves para la comprensión

del período y, finalmente, compartieron sus semblanzas y biografías personales y familiares en torno a su propio rol en el pasado.

Ahora bien, podemos decir que, aunque la invisibilización de las mujeres como sujetos históricos, cuyo testimonio, sobre sus vivencias, experiencia histórica y perspectiva sobre el pasado y sus acontecimientos, aún no ha conquistado la misma legitimidad que el relato masculino, tenemos la certeza que este proyecto, sus procesos y resultados, constituyen un aporte importante hacia la superación de las grandes desigualdades simbólicas vigentes en el presente respecto del pasado que, recurrentemente, buscan naturalizarse.

En este sentido, hay que mencionar que, en el proceso, las dificultades no fueron pocas. Ya que, cuando se trata de convocar, donde no ha existido la práctica de diálogo participativo continuo, por una parte y, cuando, más aún, han sido las acciones de los hombres en el pasado la norma a la hora de estructurar el relato “común” sobre la historia local ligada al ferrocarril, el temor a “contar” y a “hablar libremente” surge como principal obstáculo a la hora de lograr la participación efectiva de las mujeres convocadas a hacerse parte del proyecto. En ese contexto, “no tengo nada que contar” “¿qué cosa importante podría contarles yo?”, son los síntomas de la resistencia, que aparece como respuesta o efecto de la marginación femenina de ciertos espacios y lugares en el pasado, pero, más aún, de la

insuficiente e inconclusa superación de las brechas que aún persisten. Aunque, ciertamente, lo peor de todo ha sido ver cómo todavía, en algunos casos, la presión negativa ejercida por muchos hombres, logra debilitar el ímpetu femenino de querer hablar expresándose libremente, debilitando la motivación a participar y, con esto, acallando las memorias.

Por otro lado, como aprendizaje del proceso de convocatoria general, también es cierto que, lo que puede parecer incomprensible en un principio y, en muchas ocasiones, causa de frustración para el equipo de trabajo, quizá pueda explicarse también en el desconocimiento de las formas de comunicación apropiadas para un grupo social concreto, en un contexto y condición determinada, elementos que, al no ser estudiados con la suficiente atención en la etapa de diagnóstico, puede conducirnos a ignorar los códigos propios del grupo y, de ese modo, desatender las formas de interacción más apropiadas y el lenguaje más acertado. Por eso, esta experiencia, también nos recordó que toda comunidad es diferente y, en ese sentido, se manifiesta y se expresa de modos diversos; saber interpretarlo, es el trabajo de quienes investigan.

Pero los resultados excedieron las expectativas y, por su puesto, confirman nuestra hipótesis: el rol y la participación de las mujeres en la vida ferroviaria de San Rosendo, en las décadas de 1960 y 1980, fue activa y de especial relevancia, tanto, en labores del ámbito ferroviario

industrial, como también social, siendo actoras fundamentales en la dinámica familiar y en el sostenimiento del hogar, así como también, muy importantes en el desarrollo de la economía local y la asociatividad durante esos años.

Agradeciendo a cada una de las personas y, especialmente a las mujeres que aportaron para el logro de este libro, sin cuya colaboración y desinteresada disposición a participar, la tarea hubiese sido aún más difícil de alcanzar. Sin más, como COARTCUL Raíz del Biobío, reafirmamos la convicción de que, en la construcción de nuestra historia local, nadie debe estar ausente.

Colectivo Artístico Cultural Raíz del Biobío

San Rosendo, mayo de 2024





El rol de la mujer en la vida de un pueblo ferroviario

Si tuviera que enumerar todas las cosas que ella hacía,
ni siquiera podría hacerlo. Ella hacía tantas...

Margarita Flores Gutiérrez

Yo me saco el sombrero por tantas mujeres -entre ellas
está mi madre-, que dieron todo, todo.

Mónica Aguilar Ramos

Durante los Encuentros de Memoria, así como también en cada una de las entrevistas y conversaciones sostenidas a lo largo y ancho de nuestro camino junto a quienes desde un inicio o, en medio de la travesía, se sumaron a participar, se dialogó en torno al rol de la mujer en la vida ferroviaria de San Rosendo, recurriendo al recuerdo de experiencias tanto propias como colectivas, en la búsqueda de dar sentido y significado a la memoria que se vertía; eran las abuelas, madres, hijas e incluso nietas de mujeres sanrosendinas protagonistas de toda una época.

No fue una tarea sencilla, sino, más bien, un trabajo arduo y no menos riguroso. Definir el rol de la mujer en la vida ferroviaria, exige de una mirada lo suficientemente abarcadora de los múltiples espacios de la vida cotidiana a los que ellas debían dedicar su trabajo y tiempo ininterrumpidamente. En consecuencia, lo que se buscaba descifrar, se encontraría en los más diversos planos de la vida en que ellas actuaron y en las diferentes dimensiones del trabajo y responsabilidades por ellas asumidas. Así como también, en los lugares que, en tanto niñas, imaginaron junto a sus padres.

Un rol histórico: la maternidad y el trabajo femenino

El trabajo de la mujer, era tan importante como el trabajo que hacía el hombre, porque nuestra responsabilidad era aún mayor...

Margarita Álvarez Ladrón de Guevara

El papel de la mujer fue muy importante. Ellas tenían que hacer demasiadas cosas. Además, su vida era difícil, casi nunca eran escuchadas.

Yessica Luna Ferrada

Ciertamente, la maternidad fue uno de los temas centrales en la conversación, en una época en que las familias eran mucho más numerosas que hoy, el “rol materno”, ocupaba un lugar central en la vida familiar. Además, dicho rol, era desempeñado no solamente por la madre, sino por otras mujeres o incluso niñas que, por una u otra razón, debían hacerse parte en esa labor. Es el caso de las hijas mayores, las que, en muchas ocasiones asumieron tareas semejantes a las de una madre con sus hermanos y hermanas de menor edad.

En ese sentido, Luz Salas recuerda cómo la mayor parte de las mujeres trabajaban en su casa; “criar y educar a todos sus hijos. En una época en que las familias eran grandes, nosotros somos 10 hermanos, además, solamente la ropa, tenía que lavarse toda a puño y escobilla, planchar con plancha de fierro, a la que le echaban carbón de madera para poder planchar, hacer pan en unos tarritos de lata, todo muy difícil, mucho trabajo para las mujeres, por eso, era muy difícil

que ellas y nosotras tuviéramos otra actividad. Porque yo, que era la mayor, tenía que estar también ahí en la casa ayudando a la mamá, colegio y casa, ayudando a criar los hijos que mi mamá tenía.”¹

En muchas ocasiones, las hijas mayores eran niñas “haciendo trabajos de mujer adulta”, poco sabían “de niñez y adolescencia.”

Por otra parte, un sistema educacional que promovía para las mujeres el “papel de madre y esposa” al interior del hogar, sin duda, también buscaba preparar para la maternidad y los quehaceres domésticos atribuidos a ellas. En ese contexto, Luz, recuerda que “además, en la escuela, nos formaban también para eso, a coser, tejer, bordar. De alguna forma, nos enseñaban a eso, a ser dueñas de casa.”

Indudablemente, tal como ellas mencionaron de forma recurrente, “las

¹ Testimonio de Luz Salas Zambrano, febrero 2024, San Rosendo

mujeres éramos papá y mamá. El trabajo de la mujer, era tan importante como el trabajo que hacía el hombre, porque nuestra responsabilidad era aún mayor, teníamos que sacar la familia adelante, educar, formar. Éramos enfermeras, doctoras, amas de casa, panaderas, cocineras, había que hacer de todo”², recalca Margarita Álvarez.

Quizá, toda la exigencia que imponía ocuparse de un sinfín de labores, influía en la propia formación del carácter de algunas madres, “ellas tenían un rol autoritario en su casa” dice Mónica Aguilar, ya que, en su opinión, “eran ellas quienes debían juntar la manada”.³

Luz Barra, recuerda que, “mi mamá era mañosa, le gustaban las cosas derechitas. Nos enseñaba buenos hábitos, prepararnos para ir al colegio, las tareas. Todo eso era preocupación de una madre. La disciplina y el rol protector de ella hacia sus hijos era central.”⁴ Sin embargo, Angélica Reyes precisa que, a pesar de ser “mañosa y exigente”, como muchas otras, su madre “al mismo tiempo era tierna y muy preocupada.”⁵

Ser madre significaba tomar control de lo impostergable, de todo lo imprescindible y necesario para la vida de cada miembro de la familia, “las mujeres trabajaban los 365 días del

año, no tenían feriados, ni vacaciones, ni Día de la mujer, no sabían de eso”⁶, ni siquiera existían “métodos anticonceptivos, tenía que tener los hijos, no podía proponerse metas ni proyectarse a futuro, mientras el hombre, [por otro lado] casi no se metía en el hogar”, reflexiona Mónica Aguilar.

Por otro lado, en un contexto de entorno familiar más amplio y vínculos mucho más fuertes y cercanos con los vecinos, “los niños de uno, eran los niños de todos” en el barrio, por lo que, en ausencia de sus padres, los niños podían quedar al cuidado de otros, lo que podía incluir a vecinos, tíos, primos y/o gente de la comunidad. Respecto a ello, Oclive Montero, quien trabajó durante su vida como ventera en la estación de San Rosendo, recuerda que “la comunidad era mucho más cercana, cuando yo trabajaba, eran los vecinos quienes llevaban al río a mis hijos.”⁷

Entre las responsabilidades que asumía una madre, estaban, sobre todo, las tareas de cuidado y la salud de sus hijos, debiendo saber actuar en el momento y circunstancia en que sucediera lo más inesperado. En ese sentido, el relato de Rudecinda Garcés es muy claro al respecto: “una vez mi hijo se enfermó, tuvo una indigestión terrible, acá no había médico, eran como las 12 de la noche, así que tuve que tomar un chalón, envolverlo y partir a la estación. Me subieron arriba de una máquina que me llevó hasta Laja, me bajé en la

² Testimonio de Margarita Álvarez Ladrón de Guevara, febrero 2024, San Rosendo

³ Testimonio de Mónica Aguilar Ramos, febrero 2024, San Rosendo

⁴ Testimonio de Luz Barra Leiva, febrero 2024, San Rosendo

⁵ Testimonio de Angélica Reyes Poblete, febrero 2024, San Rosendo

⁶ Testimonio de Mónica Aguilar Ramos

⁷ Testimonio de Oclive Montero, febrero 2024, San Rosendo

estación y me fui caminando al hospital de Laja con mi niño en brazos, a esa hora. Tuve que quedarme toda la noche, mientras mis otros hijos, encerrados con llave en mi casa. Me vine en el primer tren de la mañana con mi hijo, ya lo habían estabilizado, puesto el suero por su deshidratación y me lo entregaron, eran como las 7:30 de la mañana. Mi marido no estaba por su trabajo.” Desde ahí, al regresar no hubo descanso, al igual como cualquier noche en la que había que acudir en ayuda de alguien más de la familia: “no podías descansar, seguía el afán de la casa, aunque tuvieras sueño tenías que seguir funcionando”, porque al llegar la mañana, “los demás hijos tenían que ir a clases.”⁸

En esa misma línea, Karin Luna, siempre ha tenido presente que “en el cuidado de los enfermos, las mamás eran fundamentales, era ella quien debía cuidar y proteger, nos consolaba, nos preparaba agüitas, cuando generalmente los remedios eran aguas de hierbas, no había tanto medicamento.”⁹

Un aspecto importante en el trabajo femenino, era la vida laboral de ellas fuera del hogar, donde muchas sanrosendinas buscaron incorporarse, aunque eso no significara, necesariamente, reducir su dedicación a labores domésticas y de cuidado. Después de todo, la década de los 60'-70', fue una época en que la participación y movilización de las mujeres en la

sociedad se hacía más creciente, y poco a poco pasaban a conquistar espacios antes vedados.

Aunque mucho tiempo antes, Bernardita Vergara, recuerda cuando su madre, tal como hacían muchas sanrosendinas, se dedicó al comercio, llevando “cosas para vender hacia el sur”, además, “trabajó en varias cosas, también como lavandera, un trabajo muy común en esa época.”¹⁰

De ese modo, es que muchas mujeres aportaban con su trabajo en diversas labores como enfermeras, profesoras, trabajos administrativos, el comercio y los servicios. La mayoría de ellas, buscando mejorar la economía de sus hogares cuando los sueldos de sus esposos eran insuficientes. Así, no fue cosa fácil, Margarita Flores, ventera en la estación de ferrocarriles, recuerda cómo “me tenía que hacer cargo de las labores de la casa, el trabajo y el cuidado de mis hijas. Incluso, a veces, tenía que llevar a mi hija pequeña a la estación, y mientras yo iba a recorrer los trenes para vender, ella se quedaba en el puesto, en un cajoncito. Ellas, después, cuando eran más grandes, también ayudaban a raspar las tortillas.”¹¹

De ese modo, las mujeres duplicaban su trabajo, no solo tenían que asumir las tareas de cuidado, rol asignado que se les imponía por el sólo hecho de ser mujeres, sino que también debían buscar maneras de obtener ingresos adicionales para sostener a sus familias. Así es como lo ilustra el testimonio de Silinia Mardones: “un día dije ‘¿qué

⁸ Testimonio de Rudecinda Garcés Aranedo, febrero 2024, San Rosendo

⁹ Testimonio de Karin Luna Ferrada, marzo 2024, San Rosendo

¹⁰ Testimonio de Bernardita Vergara Cuevas, marzo 2024, San Rosendo

¹¹ Testimonio de Margarita Flores Gutiérrez, marzo 2024, San Rosendo

más puedo hacer?’, porque los sueldos eran chicos y teníamos 4 hijos, así que, en la misma casita, en una pieza que daba a la calle, comencé a formar mi negocio, compré madera, yo misma lo hice, corté las tablas, hice hasta el mostrador, de a poco lo iba haciendo, iba poniendo mercadería, y así, después cuando ya tenía bastante mercadería, hice iniciación de actividades y formé mi negocio; de esa manera lo hice.”¹²

Raquel Salazar, quien subraya el hecho que, para la mujer, la sociedad era mucho más desventajosa en ese tiempo, fue ella la primera mujer en llegar a trabajar a la municipalidad y, de ese modo, la primera mujer en ser parte de la administración comunal de San Rosendo, trabajó ahí por más de 40 años. Raquel recuerda que, en el año 1963, cuando entró a trabajar como secretaria administrativa a la municipalidad, “era un lugar donde siempre habían trabajado solamente hombres.” En su caso, conciliando también la maternidad, la capacidad femenina para resolver en medio de la dificultad, se refleja en la forma en que afronta los desafíos que se le presentan: “como era buena para leer [...] cuando me tocaba hacer [...] cosas complicadas, viajaba [donde me ayudaran], así fui aprendiendo y tomando mucha experiencia. Después, como secretaria municipal, tenía que redactar los decretos municipales, las bases de licitación de construcciones, y aunque éramos tan pocos funcionarios, siempre

me las rebusqué para cumplir con todas esas cosas. También me tocó asumir un rol mucho más público, cuando [...] por el grado, también tenía que ir en reemplazo de la alcaldesa acá y en otros lugares. Por otro lado, tuve el cargo de juez en los años en que el alcalde era Juez de policía local [...] teniendo que asumir yo esa función de juez.”¹³

Ahora, en un mundo de clara ventaja masculina y de ideología patriarcal basada en la posición dominante de los hombres, las mujeres debían soportar el hecho que los hombres en esa época fueran “muy mañosos y estrictos, tanto con sus esposas como con sus hijos”¹⁴, recuerda Guacolda Morales y que, en su caso, luego de casarse, reconoce lo difícil que fue acostumbrarse, además, “a hacer todas esas labores.” En ese contexto, otros relatos como el siguiente, no eran poco comunes: “cuando mi papá llegaba del trabajo, muchas veces él llegaba mañoso, y ella lo esperaba, se ponía de rodillas en el piso, ponía un lavatorio con agua, le sacaba los bototos, los calcetines y le lavaba los pies.”¹⁵ Por otra parte, era un hecho, que una esposa debía tener todo a tiempo y en la forma que su esposo definiera. Situaciones que implicaban una clara subordinación del género.

Así, en un contexto epocal de clara arbitrariedad masculina, muchas mujeres debían someter su deseo a la voluntad de

¹² Testimonio de Silinia Mardones Rojas, marzo 2024, San Rosendo

¹³ Testimonio de Raquel Salazar Vergara, abril 2024, San Rosendo

¹⁴ Testimonio de Guacolda Morales Méndez, marzo 2024, Huaqui

¹⁵ Testimonio de Angélica Reyes Poblete

un esposo o, en su defecto, enfrentarse a la desaprobación de algún familiar hombre. En ese sentido, María Concha, recuerda cuando su madre “trabajaba en la compañía de teléfonos, con la señora Avelina Chávez, sin embargo, por amor ella dejó de trabajar, porque mi papá un día le dijo: ‘yo quiero una esposa, no quiero una mujer trabajadora’, y ella, dejó de hacerlo.”¹⁶

Además, Jacqueline Hidalgo, señala que igualmente se debe considerar que, por esos años, “las mujeres tenían que soportar muchas cosas, incluso muchas agresiones y todo eso para poder mantener el hogar y la familia”¹⁷, en una época en que, adicionalmente, el alcoholismo de muchos padres afectaba gravemente la vida familiar.

Asimismo, para Cecilia Rodríguez, es claro que “la mujer, en esa época, no tenía voz ni voto, muchas veces lo que hacía el hombre tenía que hacer la mujer, incluso a veces no se podía salir sola o tener amistades hombres.”¹⁸

Por otro lado, en el campo, el papel que desempeñaban las mujeres era incluso mucho más amplio. A los quehaceres domésticos y el cuidado de los hijos, al igual que en el pueblo, se añadía la responsabilidad de velar por el bienestar de los miembros de sus familias, incluida la provisión de alimentos y el cuidado

de los niños y ancianos. Catalina Fonseca creció en el campo, frente a San Rosendo, cruzando el río Biobío. Ella recuerda: “Mi mamá trabajaba mucho, hacía todo lo que era de la casa, además, como en el campo se trabajaba en las chacras, las vendimias, las trillas, etc., ella siempre tenía que cocinar y ocuparse de todo eso”.¹⁹

Por otra parte, al trabajo de la huerta y los animales domésticos se sumaba el trabajo de elaboración de productos alimenticios o artesanías para comercializarlos cada vez que se iba al pueblo. Sobre todo, esto último, fundamental para la subsistencia familiar y cuyo viaje a San Rosendo, por lo menos, requería algunas horas de camino llevando pesadas cargas, tanto de ida como de regreso. Teresita Burgos, relata cómo su “mamá trabajaba como por tres personas, trabajaba mucho. Criaba a sus hijos, venía al pueblo (San Rosendo), que quedaba a 2 horas de ida y otras 2 horas de regreso; ella venía con su hijo pequeño y, además, con todas las cosas que traía para vender. Traía porotos, tomates, pollitos, y muchas otras cosas. Con eso que ella vendía, después se llevaba el Omo, el jabón, el azúcar, la sal, fideos para el campo; mucho sacrificio, cerros inmensos que había que subir con todo eso al regreso.”²⁰

¹⁶ Testimonio de María Concha Martínez, marzo 2024, San Rosendo

¹⁷ Testimonio de Jacqueline Hidalgo Burgos, diciembre 2023, 1° encuentro de memoria, San Rosendo

¹⁸ Testimonio de Cecilia Rodríguez Rodríguez, diciembre 2023, 1° encuentro de memoria, San Rosendo

¹⁹ Testimonio de Catalina Fonseca Oporto, marzo 2024, San Rosendo

²⁰ Testimonio de Teresita Burgos Zambrano, marzo 2024, San Rosendo

Entre las décadas del 50' y 70', la migración desde los campos hacia la zona urbana del pueblo de San Rosendo se produce con mayor intensidad, el ferrocarril, en su auge, genera atracción como fuente de trabajo, cuando el campo, además, dejaba de responder a las expectativas de las nuevas familias que buscan en los centros urbanos nuevas oportunidades, aunque en la realidad, el arribo al pueblo nunca estaría libre de dificultades y carencias.

Teresita Burgos, recuerda que, al llegar a vivir al pueblo, “busqué trabajar, recuerdo que hacía algunos vestiditos, gorritos en el invierno y salía a vender, pero nadie me los compraba [...] Y un día, conocí a una señora que vendía harina tostada, le pregunté a cuánto la vendía, y encontré que ganaba tanto. Y como en el campo tostábamos y hacíamos mote también, de niña uno iba viendo cómo lo hacía la mamá; ahí yo lo había aprendido. Entonces, empecé haciendo de unos 2 kilos de trigo hasta hoy que llevo más de 40 años trabajando en esto.”²¹

Debido a que, en la mayor parte de los casos, los ingresos eran monopolizados por el esposo, el objetivo de Teresita, tal como se mencionó más arriba, “era que con lo que mi marido me entregaba para comprar cosas, a veces, no alcanzaba demasiado, o también para otras cosas que yo encontraba necesarias para la casa, entonces, cuando empecé a trabajar, podía comprar lo que necesitaba, o con lo que ganaba, complementar el sueldo de mi esposo y tener mayor abundancia para la

familia y los hijos.”²² En este caso, el ingenio y el uso de conocimientos traídos desde el campo y transmitidos generacionalmente, se convierten en una herramienta vital para la búsqueda de mayor bienestar.

Y así, enfrente de un arduo afán por encontrar formas o recursos que, en medio de la estrechez económica que vivían la mayor parte de las familias pudiera hacer más holgada la vida, siempre había tiempo para los hijos. María Concha, recuerda cuando su madre, “con todo su amor, nos hacía nuestros vestidos, porque a mi papá no le alcanzaba.” Además, “cuando estábamos de cumpleaños, cuando eso no era más que un canapé, que ellas hacían con tanto amor, también las panitas de pollo -recuerdo que las molían-, las pechugas de pollo, nos hacían las tortas, y si la mamá no sabía hacerlas, la vecina sabía. Así era, y esas cosas eran muy importantes para nosotros.”²³

Y así es como fue, tanto en lo emocional como en lo material, serían “ellas quienes debieron ocuparse de solventar, de la forma que pudieran, cada una de las carencias que existían en los hogares.”²⁴

²² Ibid.

²³ Testimonio de María Concha Martínez

²⁴ Testimonio de Bernardita Vergara Cuevas

²¹ Ibid.



Mujeres ferroviarias

Para esa época, por todo lo que tuve que pasar, siento que fui una guerrera.

Gladys Pérez Henríquez

Fui una mujer rupturista de esa época, rompí los esquemas que estaban hechos para los hombres, una mujer que hizo la diferencia, que doblegué ese mito que tenía instalado el machismo.

Mónica Aguilar Ramos

Nosotras siempre sentimos que éramos parte de Ferrocarriles, pasábamos tanto tiempo y hacíamos un trabajo muy importante también, porque éramos las únicas que estábamos ahí cumpliendo ese rol.

Margarita Flores Gutiérrez (Ventera)

A pesar que el trabajo ferroviario se constituyó históricamente como una actividad predominantemente masculina, haciendo que las posibilidades de ingreso de las mujeres fueran restrictivas, en la realidad, no hubo barreras de acceso que impidieran totalmente la participación femenina en el mundo ferroviario.

Sin embargo, ser mujer ferroviaria en un “mundo de hombres”, no era algo sencillo: “porque el trabajo era muy machista, la mujer parecía no encajar ahí”, más aún, “en esa época, la sola presencia femenina les molestaba a los hombres, de ahí, a darle una orden

a un hombre, era algo complejo”²⁵, recuerda Gladys Pérez, quien ingresó a ferrocarriles en 1972.

Hay que tener en cuenta, que el rol de las mujeres estaba asociado al hogar y la familia, por lo que su presencia en el ámbito laboral era visto de forma negativa, debido a una supuesta repercusión perjudicial que esto podría tener en la vida familiar y social. Por ejemplo, en el caso de Gladys, ella sentía “que, para esa época, yo estaba fuera de mi generación, porque en ese tiempo, las mujeres debían casarse, tener hijos, siendo el hombre quien las mantenía

²⁵ Testimonio de Gladys Pérez Henríquez, febrero 2024, San Rosendo

económicamente.”²⁶ Así lo relata Mónica Aguilar, quien ingresó ese mismo año: “cuando yo entré a Ferrocarriles, en el año 72’, era mal visto que una mujer desempeñara un cargo que fuera ‘de hombre’, la mujer estaba diseñada para ser una dueña de casa [...] el machismo no dejaba que la mujer avanzara.”²⁷

Por lo general, el ingreso a ferrocarriles era mediado por algún familiar que ya trabajaba ahí. En ese sentido, un padre ferroviario era crucial, sobre todo, además, en despertar en una hija el “interés por ingresar a ferrocarriles”.

Es posible que en la mente colectiva se mantenga la creencia de que las mujeres sólo trabajaron en oficinas administrativas dentro del ámbito ferroviario. No obstante, las labores administrativas fueron solo una de las múltiples actividades que ellas realizaron: “Comencé en bodega ‘marcando bultos’ [...] después, me dijeron que empezara a hacer los boletos, lo hice, me fue bien, y luego me dijeron: ¿quiere aprender a movilizar?, entonces, ahí pasé a la Movilización.”²⁸

A pesar de reconocer el hecho que se les prohibiera el acceso a ciertas labores en un principio, el aprendizaje de ellas era rápido, por lo que, prontamente podían avanzar hacia otras secciones o áreas de la misma, incluso, con mayor rapidez que muchos hombres, lo cual generaba, claramente molestia en ellos. Es el caso de Mónica Aguilar, quien reconoce que a pesar que “me prohibieron varias

cosas, como yo era habilosa, empecé a aprender rápidamente. [...] Hubo mujeres que después fueron boleteras, pero en Tráfico fui la única persona.”²⁹

En gran parte, la velocidad de aprendizaje podía estar vinculada al hecho que su posición en el trabajo era de una constante observación de parte de los hombres, por lo que su presencia siempre permanecía expuesta a una excesiva atención y visibilidad, al punto que “siempre la relación con los hombres fue difícil, quizás horrible. Ellos no permitían que una mujer les diera una orden”, es más, “uno tenía que ir luchando con el “enemigo”, el hombre. Todo eso, en medio del aprendizaje en los cursos que nos hacían, de movilización y otras cosas [...] siempre ir aprendiendo no más.”³⁰

“Siendo muy joven, recién entrando a la empresa, pero con una capacidad de aprender rápido, un día me dejaron [...] como ayudante del Jefe de Estación. Todos se cuestionaban el hecho que yo estuviera ahí y no otros, con más años de servicio, nunca me lo decían directamente, pero se sentía. Eran cargos de mucha responsabilidad, además, se trabajaba con mucho dinero a cargo [...]”³¹

El ferrocarril, un lugar que los hombres percibían como propio, debido a que tradicionalmente había sido un espacio laboral de fuerte impronta masculina, y puesto que, habría que esperar algunas

²⁶ Ibid.

²⁷ Testimonio de Mónica Aguilar Ramos

²⁸ Ibid.

²⁹ Ibid.

³⁰ Testimonio de Gladys Pérez Henríquez

³¹ Ibid.

décadas más para que la incorporación o apertura del mundo ferroviario hacia las mujeres fuera algo explícito, se convertía, en muchas ocasiones, en un lugar inseguro, donde el acoso y situaciones que, claramente buscaban instalar una relación de subordinación de género, desataban una serie de situaciones de violencia hacia las mujeres. Ese era el medio, donde tal como relata Gladys Pérez, se debía “enfrentar muchas situaciones de acoso, pero que jamás toleré, a ninguno” “sufrí el hecho de que todo estuviera diseñado para hombres, con el acoso, a veces incluso tenía temor de situaciones en que pudiera estar vulnerable frente a los hombres, tuve que pasar muchas situaciones difíciles. Pero nunca me dejé intimidar, más de un golpe tuve que dar.”³²

Por otro lado, el hecho de que una mujer estuviera en un cargo de mayor rango, en contexto de violencia y desamparo a la que una sociedad basada en la desigualdad entre los sexos sometía a las mujeres, obligaba a cumplir incluso funciones de mediación o, lisa y llanamente, de presión hacia los hombres que se relacionaban de forma violenta hacia sus esposas o incumplían sus obligaciones económicas con su familia.

Pero, fuera de todo eso, también solía ser impresionante la cantidad de labores que las mujeres podían realizar en distintos sectores de ferrocarriles en las que podían llegar a desempeñarse. La versatilidad, responsabilidad, disciplina y capacidad de aprendizaje rápido, eran aspectos que, ciertamente, despertaban también la

admiración: “recuerdo que, cuando estaba de Jefe de Estación en Curanilahue, me visitaron unos japoneses, ellos me felicitaban, para ellos era impresionante que una mujer fuera Jefa de Estación, era como una mujer a cargo de un buque.”³³

Al final de su carrera, tras su paso por San Rosendo, Mónica Aguilar, llegará como jefe de estación en Laja. Una vez ahí, ella recuerda que al llegar “como Jefe de Estación, se armó un alboroto, era impresionante ver cómo la gente se aglomeraba para verme, hasta el gerente de la Papelera llegó a verme, para mí era algo rutinario, pero para el resto era sorprendente, los guardias me venían a dejar a la puerta.”³⁴

Áreas como estadística, boletería o telégrafo, también serían puestos donde la presencia femenina lograría conquistar nuevos espacios.

Pero también estaban las venteras, trabajadoras de la estación de ferrocarriles que, a pesar de no ser empleadas o parte del personal contratado de la empresa de ferrocarriles del Estado, mantuvieron un sentido de pertenencia muy ligado a todo

ese movimiento, que las hacía sentirse parte de un mundo y vida que gravitaba, tal como ellas, día y noche en torno al ferrocarril.

En un sentido amplio, se podría decir que eran trabajadoras ferroviarias y, al mismo tiempo, imagen emblema de cualquier estación de ferrocarriles, sobre todo, de una como lo era San Rosendo.

³² Ibid.

³³ Testimonio de Mónica Aguilar Ramos

³⁴ Ibid.

En general, el oficio se transmitía generacionalmente hacia hijas mujeres, las cuales desde niñas debían saber organizar la vida del juego, la escuela y el trabajo. Margarita Flores, recuerda que, “mi mamá también hacía tortillas, y yo, desde muy pequeña salía a venderlas. En ese tiempo, se empezaba de chiquitita a trabajar. Me levantaba como a las 4 de la madrugada, porque tenía que ir a vender al tren nocturno que venía desde Santiago, y que por acá pasaba como a las 6 de la mañana. Luego me volvía a la casa, y me iba a estudiar a la escuela, allá tenía que terminar todas mis tareas, porque después volvía a la casa a buscar tortillas, y salía nuevamente a vender a la estación.”³⁵

De este modo, Margarita relata que, después de haber egresado del liceo, “continué trabajando como ventera en la estación. Recuerdo que a veces me levantaba tan temprano que no me daba lugar a casi nada más, a veces a las 2 de la madrugada ya había que estar levantada. O tenía que bajar en la noche a la estación, porque pasaba un tren. Vendíamos tortillas, huevos cocidos, pollos cocidos, sándwich de pollo y también de patitas de vacuno.”³⁶

El trabajo de una ventera era arduo, destacándose su alto grado de organización interna como grupo, lo que las llevó a ser reconocidas de forma oficial por Ferrocarriles del Estado y, por ello, asignado un espacio propio ubicado al costado de la Cooperativa de Ferrocarriles en un extremo de la

estación, donde, tal como recuerda Margarita, ahí “dejábamos nuestras cosas mientras íbamos a vender al tren, y ahí mismo, esperábamos mientras llegaba el próximo tren.” Asimismo, al tiempo, su uniforme, con el diseño tan típico que las caracterizaba, sería un requisito al incorporarse como ventera, al igual que su “carnet” extendido por Ferrocarriles.

Por otro lado, la solidaridad entre ellas, será parte de su esencia: “con las compañeras, nos apoyábamos para que nadie perdiera ventas. Nos ayudábamos y éramos muy buenas amigas, como hermanas.”³⁷ Del mismo modo, Oclive Montero, quien se integró a los 20 años, recuerda que “con las compañeras, éramos todas unidas. Si se le acababan las cosas a alguna, se le pedía a la otra para ayudarle.”³⁸

Margarita Flores, reflexionando sobre el rol y relevancia del trabajo realizado durante gran parte de su vida, aún sostiene su férrea identidad ligada al ferrocarril y su lugar en la vida ferroviaria del pueblo. Tal como ella expresa: “nosotras siempre sentimos que éramos parte de Ferrocarriles, pasábamos tanto tiempo y hacíamos un trabajo muy importante también, porque éramos las únicas que estábamos ahí cumpliendo ese rol.”³⁹

³⁵ Testimonio de Margarita Flores Gutiérrez

³⁶ Ibid.

³⁷ Ibid.

³⁸ Testimonio de Oclive Montero

³⁹ Testimonio de Margarita Flores Gutiérrez



Las huelgas ferroviarias y el rol de las mujeres

[...] las mujeres con toda valentía detuvieron el tren de las 11 de la mañana que iba para Concepción.

María Henríquez Pereira

Era el verano de 1936, a sólo cinco años de inaugurada la Casa de Máquinas de San Rosendo, el pueblo comenzaba su ascenso como uno de los principales centros ferroviarios del país y, a la vez, el número de sus habitantes se extendía al mismo tiempo que su fisonomía.

La huelga de “los trabajadores del riel” había sido decretada por el Frente Único Relacionador Ferroviario y, de acuerdo a la prensa, San Rosendo era uno de los principales focos del movimiento, señalado además por el gobierno, como una de las zonas más “conflictivas”. Entre las demandas se incluía peticiones vinculadas a aumento de jubilaciones, respeto a las 8 horas de trabajo y el derecho a la sindicalización de los trabajadores ferroviarios.

Con servicios de trenes suspendidos y los trabajadores sin acudir a sus labores, las mujeres tuvieron un rol fundamental. Guacolda Morales, tenía 7 años cuando estalló la huelga, ella recuerda el momento en que “se paralizó la red ferroviaria de norte a sur. Era una fiesta, ningún ferroviario salió a trabajar, pero, se fueron todos a la Casa de Máquinas”, entonces, “las señoras de los ferroviarios también partieron

para abajo, a la Casa de Máquinas, el pueblo estaba vacío arriba y los trenes detenidos.”⁴⁰

Y cuando el gobierno activó la represión brutal que, solamente en San Rosendo terminaría con 33 detenidos, las mujeres, hijas y esposas, se ocuparían de dar el ánimo e impulso necesario para que el movimiento no declinara: “después, las mujeres desde arriba, desde el cerro, estaban avivando a los trabajadores, con

banderas y gritos apoyando a los huelguistas.”⁴¹ Guacolda, recuerda que “también hubo otras huelgas, pero ninguna tan grande como esa.”

Ya en la década del 60’, con el gobierno de Jorge Alessandri, María Henríquez, hija y hermana de ferroviarios, recuerda “la huelga de las mujeres montepiadas de ferrocarriles” cuando, “en esa ocasión, las mujeres con toda valentía detuvieron el tren de las 11 de la mañana que iba para Concepción”, cuya lucha era “por el aumento de montepíos y jubilaciones, además del alza en el costo de la vida.”⁴²

⁴⁰ Testimonio de Guacolda Morales Méndez

⁴¹ Ibid.

⁴² Testimonio de María Henríquez Pereira, abril 2024, San Rosendo

Y, por último, al final de la dictadura, la huelga ferroviaria de 1988, en la que los trabajadores ferroviarios se movilizaron en defensa de lo que era su fuente laboral y principalmente con motivo de la oposición a la privatización de la empresa. Fue un paro nacional de trabajadores y obreros de Ferrocarriles del Estado que se extendió por casi 20 días. Rudecinda Garcés, recuerda que “ahí las mujeres fuimos muy importantes apoyando a los maridos. Hacíamos la olla común, porque no había pagos, misma razón por la que muchos querían romper la huelga. Todo se hacía en la Federación Santiago Watt, nos turnábamos para cocinar. Hacíamos campeonatos de pelota, incluso las mujeres también jugaban.”⁴³

Sin temores por la defensa de sus derechos, los trabajadores ferroviarios fueron acompañados por sus esposas, las que permanecían “todo el día acompañando a los maridos, sólo llegábamos a dormir a la casa no más. Nos turnábamos para cocinar, nos organizábamos para que un día lo hicieran unas y otras al día siguiente. Se daba almuerzo a toda la familia. Recuerdo que fue como un mes de huelga. Fue paro nacional”⁴⁴, comenta Margarita Álvarez.

⁴³ Testimonio de Rudecinda Garcés Araneda

⁴⁴ Testimonio de Margarita Álvarez Ladrón de Guevara





Organización y asociatividad: La solidaridad de un pueblo

La unión en este pueblo era admirable. Si a alguien le pasaba algo, todos estaban ahí.

Rudecinda Garcés Araneda

Éramos quienes resolvíamos, teníamos que hacerlo, teníamos que ser quien tomara el rol.

Margarita Álvarez Ladrón de Guevara

Quizá el hecho que el pueblo de San Rosendo emergiera fundamentalmente a partir de la actividad ferroviaria, a la cual, en diferentes formas, casi la totalidad de su población se encontraba vinculada, pudo favorecer el desarrollo de una comunidad que compartía sentidos y significados comunes en torno a la vida cotidiana. Como fuera, los lazos estrechos entre familias y vecinos estimulaban la pertenencia a un mismo territorio y, al mismo tiempo, configuraban una comunidad más abierta y de vínculos mucho más cercanos.

Oclive Montero, relata que, a mediados de siglo, en San Rosendo “había mucha pobreza”, sin embargo, a pesar de eso, “la comunidad también era mucho más cercana”⁴⁵. En ese sentido, Olga González, puntualiza que “en el pueblo éramos todos como una familia en esa época”⁴⁶ razón por la cual, a pesar que

“éramos pobres, éramos mucho más felices”⁴⁷, subraya con mucha añoranza Luz Salas, que desde niña ha vivido en la población 25 de octubre.

Luz Salas, describe una realidad que ella siente comenzó a esfumarse con la llegada de la dictadura, ya que antes, “en ese tiempo, abundaba la solidaridad, nos ayudábamos entre vecinos, si a alguien le faltaba algo, se conseguía al vecino [...] Nos comunicábamos mucho más. Las mujeres, sobre todo, nos ayudábamos unas con otras, organizábamos cosas. [...] Las mujeres teníamos un rol muy importante organizando juegos, las fiestas primaverales, el carnaval, etc.”⁴⁸

En efecto, las mujeres “todo el año estábamos apoyando, en las fiestas del 1° de mayo, el 18 de septiembre, para la navidad...” “Éramos tan hermanables”.⁴⁹ De ese modo, es que Rudecinda Garcés

⁴⁵ Testimonio de Oclive Montero

⁴⁶ Testimonio de Olga González Medina, marzo 2024, San Rosendo

⁴⁷ Testimonio de Luz Salas Zambrano

⁴⁸ Ibid.

⁴⁹ Testimonio de Rudecinda Garcés Araneda

evoca con especial nostalgia el hecho que “la unión en este pueblo era admirable. Si a alguien le pasaba algo, todos estaban ahí.”

Es así, como la unión, la cercanía y la confianza siempre se demostraban entre vecinos que, más que esperar la oportunidad o el espacio para el encuentro, lo creaban con el ejercicio cotidiano de compartir. Olga González, recuerda que cuando ella era niña, en el momento en que “se hacía un cocimiento, otras comidas u otras cosas como sopaipillas con chicharrones, nos mandaban a nosotros a dejar el platito con cosas, a todas las casas. Eran todos cariñosos, y entre todos nos cuidábamos.”⁵⁰ En ese sentido, los alimentos también fueron un elemento que propiciaba la interacción.

Por otro lado, a veces, incluso en las pequeñas acciones, que en ese entonces eran costumbre en muchos hogares, se reflejaba la generosidad y la hospitalidad como algo característico en el pueblo. Oclive Montero, cuenta que cuando a su casa “llegaba la gente del campo a vender la verdura, mi mami les daba desayuno y todo, no dejaba que se fueran así no más.”⁵¹

En ese contexto, la asociatividad y la organización de las mujeres en distintos ámbitos surge a partir de necesidades existentes y que ellas buscan resolver por medio del apoyo mutuo. Por ejemplo, en una época en que la ropa no era un bien abundante, “las mamás eran

las que tejían, las que cosían, las que nos hacían la ropa, se encargaban de todo eso, y cuando una de ellas no sabía, se juntaba con la vecina a aprender, cómo urdir los puntos, el crochet, el palillo, etc.”⁵²

En ese sentido, los centros de madres como el Javiera Carrera, que agrupaba principalmente señoras de maquinistas y fogoneros y, por otro lado, el Gabriela Mistral, donde se reunían muchas otras mujeres también, constituyeron durante la década de los 60’ y 70’, un espacio para la socialización de experiencias, principalmente en torno a los roles vinculados a la maternidad, la crianza y los cuidados. Incluso, a pesar del advenimiento de la dictadura y, con ello, la captura y la transformación de los Centros de Madres en un medio de ideologización y control hacia las mujeres, quienes debieron asumir, ya sea por temor u otras presiones la conducción del ahora CEMA-Chile, no dejarían de intentar mantener una buena impronta social y de interacción cercana con la comunidad. Es el caso de María Henríquez, cuya madre Blanca Pereira “asumió la vicepresidencia comunal de CEMA-Chile, ella tenía que ver con todos los centros de madres a nivel comunal. Tenía que estar en todos los actos oficiales, pero también visitaba el campo, enseñaba distintas cosas que ella sabía a las personas, visitaba el comedor parroquial, el jardín infantil, etc. En cierta medida fue forzada a estar ahí, pero como también le gustaba ayudar a la gente, lo tomó como una

⁵⁰ Testimonio de Olga González Medina

⁵¹ Testimonio de Oclive Montero

⁵² Testimonio de Karin Luna Ferrada

forma de estar al lado de las personas y sobre todo con las mujeres. También intercedió por algunos vecinos e insistió a que las visitadoras sociales salieran a ver la realidad en el territorio. Estuvo hasta el año 87', cuando renunció por su salud.”⁵³

Así es como el voluntariado era una ocupación de servicio a la comunidad que, tal como manifiesta Silinia Mardones, quien fue voluntaria de la Cruz Roja por 20 años, “aunque eso no era pagado, yo me sentía bien haciéndolo.”⁵⁴

Karin Luna, recuerda cómo a su madre “le encantaba eso, porque su sueño de toda la vida fue ser enfermera, ella se sentía importante haciendo eso”⁵⁵. Margarita Álvarez, quien fue directora de finanzas de la Cruz Roja y presidenta del Centro de Madres Javiera Carrera, describe su trabajo: “en el Centro [de madres], tenía que buscar los recursos y gestionar monitores para que nos hicieran clases, porque nos hacían cursos. En la Cruz Roja, se atendía pacientes, se hacían visitas domiciliarias a los enfermos, para las elecciones estábamos todo el día en el local de votación, desde que se abría hasta que cerraba, ahí estábamos, atendiendo cualquier urgencia. Atendíamos a un Club de adulto mayor también. Después nos unimos con el Hogar de Cristo para la atención a adultos mayores. Trabajábamos en conjunto con el Seguro. Teníamos que ir al

comité central a reuniones también, en Concepción. La municipalidad nos daba una subvención para medicamentos y todo eso. Éramos voluntarias.”⁵⁶

Por otro lado, está claro que las mujeres que trabajaban diariamente como venteras en la estación de ferrocarriles, estaban muy bien organizadas: “las señoritas Lara, como eran las mayores, eran nuestras representantes. Le pagábamos un porcentaje anual a Ferrocarriles y teníamos un puesto donde se ubicaba la cooperativa de Ferrocarriles”⁵⁷, reafirma Margarita Flores.

Ahora, cuando a raíz del Golpe de Estado, la cesantía y la pobreza en San Rosendo aumenten de forma calamitosa, la organización será vital para ocuparse de la cuestión alimentaria de la población infanto-juvenil. En ese contexto, las ollas comunes, sin lugar a dudas, serán un territorio femenino. Pero, más allá de eso, la organización y creación de los comedores parroquiales, es un hecho que se constituye en ícono de la capacidad de autogestión de una comunidad que, sin apoyo político o estatal, resuelve el problema de la subsistencia de decenas de familias. En este caso, serían los propios vecinos quienes tomarán rol y responsabilidad, desde, la organización como tal, hasta la recolección, preparación, entrega de alimentos, mantención e incluso la construcción de nueva infraestructura.

⁵³ Testimonio de María Henríquez Pereira

⁵⁴ Testimonio de Silinia Mardones Rojas

⁵⁵ Testimonio de Karin Luna Ferrada

⁵⁶ Testimonio de Margarita Álvarez Ladrón de Guevara

⁵⁷ Testimonio de Margarita Flores Gutiérrez

María Henríquez, quien tomó un rol activo desde los inicios en los “comedores”, recuerda que, aparte de ocupar el espacio de propiedad de la Iglesia Católica y recibir el apoyo de la ONG World Vision a principios de los 80’, todo se haría “sin ayuda estatal ni municipal, solo la comunidad. Reunimos el dinero con la gente del pueblo, con beneficios y bailes incluso,” pero, sobre todo al inicio, “fueron los propios vecinos, como la señora Elda Arriagada y don Juan Leiva que tenían carnicería y nos donaban cosas, o don Miguel Figueroa con la señora Silvia que también nos enviaban algo para poder preparar [...] recolectábamos alimentos por las casas o nos llegaban aportes, por ejemplo, aunque mucho después, durante la huelga de los ferroviarios, todos los alimentos que les quedaron al término de la paralización, lo iban a dejar al comedor, también en los aniversarios del liceo, todo lo que juntaban los chiquillos lo iban a entregar al comedor.”⁵⁸

Fueron los comedores parroquiales un espacio donde convergió la capacidad organizativa y los más altos valores que poseía la comunidad de San Rosendo, donde la solidaridad y la ayuda mutua abolían la indiferencia, propiciaban el encuentro e invitaban a la acción. Además, fue un lugar en que se formó a una generación, se les educó por medio de la transmisión comunitaria de saberes y se les abrazó en un entorno social de gran afecto.

También, un hito de gran relevancia

durante la década de los 60’, fue la creación de un liceo con administración propia para la comuna de San Rosendo, cuya gestión se ha atribuido a los hombres omitiendo la significativa participación que las mujeres tuvieron en el proceso. Es más, como eran ellas las que generalmente asumían el rol de apoderadas, la iniciativa, exigencia y movilización surgiría “desde la inquietud de las mujeres por lograr un Liceo independiente que alcanzara el 6° de humanidades. Ciertamente, los hombres estuvieron ahí, pero, en gran parte, sólo nos acompañaron”⁵⁹, reafirma Guacolda Morales que, en esos momentos, era apoderada y presidenta del Centro de Padres.

Pero, una vez más, demostrando la relación de subordinación en que la voluntad de una mujer se encontraba sujeta a la de su esposo, Guacolda, hace hincapié en que llegado “el momento en que teníamos que viajar a Santiago para entrevistarnos con un diputado, no sólo por el Liceo, sino también por el teatro y la cancha ferroviaria que nos querían quitar, a mi marido no le gustó la idea de que tuviera que viajar, así que tuve que ceder la presidencia. Pero trabajamos hartos...”⁶⁰

Esa es la forma en que la memoria de ese episodio se transmitió de forma sesgada donde los hombres, debido a sus vínculos políticos, su posición de mayor visibilidad y mayores posibilidades de desenvolvimiento público, logran avanzar en la etapa que proclamó la

⁵⁸ Testimonio de María Henríquez Pereira

⁵⁹ Testimonio de Guacolda Morales Méndez

⁶⁰ Ibid.

conquista de los anhelos esperados por todas y todos, conservando también el reconocimiento.

La asociatividad y organización de las mujeres fue tan extensa que alcanzó la mayor parte de los ámbitos de la vida cotidiana de ese tiempo, y su voluntad de asumir e incorporarse a nuevas tareas sociales emergentes fue permanente, ejemplo de ello es su rol poco reconocido en la creación de los clubes deportivos en las poblaciones y barrios, así como también en la formación del primer coro de la iglesia católica, cuando, en sus inicios, llegaría a estar compuesto en su totalidad por mujeres.

Ser hija de ferroviario

Este recuerdo no se me olvidará nunca.

Ximena González Medina

A finales de la década del 50', el ferrocarril ocupaba un lugar central en la vida cotidiana del pueblo de San Rosendo, por lo tanto, ser parte de este "mundo ferroviario" era algo importante. En la mirada de una hija, los recuerdos se vinculan principalmente al trabajo que realizaba su padre, construyéndose así, un lazo afectivo y de fuerte identificación con el ferrocarril.

Para una niña, todo el ajetreo incesante que corría sobre los rieles resultaba fascinante y el quehacer de sus padres despertaba la admiración. Cecilia

Rodríguez, recuerda claramente cuando aun siendo niña "íbamos a la Casa de Máquinas a verlo, cuando en ese entonces, vivíamos frente al patio de trenes, nos arrancábamos para allá a jugar, donde mi papi. Yo veía inmensas esas máquinas, gigantescas, mi papá nos subía a las máquinas. Llegábamos a la casa todos cochinos".⁶¹

Además, tal como el padre de Cecilia, muchos ferroviarios, ya sea por su propio interés o habilidad innata, eran parte en la formación de ciertos espacios dedicados a la entretención o la celebración, actividades que, por lo demás, favorecían el vínculo social y reforzaban la identidad ferroviaria. Era el caso del Orfeón Ferroviario de San Rosendo. Cecilia, recuerda la vez en que su padre Héctor Rodríguez, siendo director del Orfeón, la llevó con él a una de sus largas giras que, a través de la mirada de una niña, eran momentos mágicos: "nos llevaron a una plaza grande que en medio tenía un quiosco, como el de aquí, pero tenía mucho más adorno, como con diseños. Mi papi se subía arriba y a nosotros nos dejaba abajo, sentaditos, [...] ahí lo veíamos tocar. Yo me sentía, o más bien, aún me siento tan orgullosa de él. Me da pena recordar, cuando él se ponía delante de todos los músicos y con su varita él los dirigía. Yo lo veía así, como un príncipe, como que él hacía magia con esa varita, para mí él hacía magia y también él nos decía que era un mago, que con esa varita hacía tocar a los músicos. Yo siempre le creí."⁶²

Al igual que el padre de Cecilia, en

⁶¹ Testimonio de Cecilia Rodríguez Rodríguez

⁶² Ibid.

ese entonces, muchas otras familias haciendo uso de los “pases libres” que ferrocarriles otorgaba a sus funcionarios y familia, pudieron viajar a diferentes destinos, siendo las vacaciones en verano, uno de esos momentos de gran anhelo, como hijas y parte de esa extensa “familia ferroviaria”, que esperaban con entusiasmo y alegría lo que hoy sólo ha quedado en el recuerdo y la nostalgia de esos días.

Ximena González, tenía cerca de 11 años, y recuerda claramente cuando “nos regalaban a fin de año un viaje en tren a Laraquete. Mi mamá hacía el pan amasado, huevos duros, pollo asado, llevábamos de todo para comer. Los trenes repletos y nosotros lo único que queríamos era llegar. Yo siempre soñaba que me quedaba dormida y lloraba muchísimo. Soñaba que me dejaba el tren, y también recuerdo que en el sueño veía un túnel, sin saber que iba a pasar por el túnel en el tren que iba allá, me daba tanto miedo el sólo hecho de no alcanzar el tren.”⁶³

Del mismo modo, las diferentes fechas festivas, bien representadas por cada 20 de enero y 20 de marzo, en la festividad religiosa celebrada en Yumbel, lugar que se preparaba para recibir a muchísimas personas que llegaban para celebrar la figura de San Sebastián, aunque, en la realidad, para una niña, parecía ser un recorrido lleno de magia, donde se entremezclaba lo ritual con el paseo familiar, el reencuentro, los juegos

y la comida, elemento que permitía disfrutar, compartir y reforzar los vínculos familiares. Cuando era niña, Karin Luna, recuerda que “cuando íbamos a Yumbel, lo hacíamos en tren, tomábamos el tren acá en la estación de San Rosendo, con mucha alegría, con mucha emoción. Entonces, nosotras en la noche, todas las hijas mujeres y la mamá, éramos las encargadas de preparar los huevos cocidos, el pollo asado, el pan amasado, las papas mayo, las frutas [...] para después ordenar todo en un canasto de mimbre, el agua caliente, el café... Nos íbamos en la mañana temprano en el tren, y muchas veces, como el tren venía de Concepción, nos juntábamos con familia que venía de allá, que también eran ferroviarios, ahí nos juntábamos todos. Los trenes se llenaban, todos felices en la estación. Allá, una vez se pagaba manda, venía la misa y después, a comer todo lo que habíamos llevado, con toda la familia, allá nos encontrábamos con gente conocida, jugábamos, era un paseo familiar porque, además, iba el papá y la mamá que, en nuestro caso, el papá era bien difícil de verlo, encontrarlo en casa, porque al igual que otros ferroviarios trabajaba por turnos [...]”⁶⁴

De igual modo, ante cada fiesta, familiar o colectiva, “como niños esperábamos con ansiedad”, hace memoria Luz Barra, “la pascua, el dieciocho, para todo santo; las empanadas, la leche con plátano, el mote con huesillo, los pajaritos, la sierra

⁶³ Testimonio de Ximena González Medina, 1° encuentro de memoria, diciembre 2023, San Rosendo

⁶⁴ Testimonio de Karin Luna Ferrada, 2° encuentro de memoria, enero 2024, San Rosendo

en el horno de barro del día domingo”, todo lo que era festivo se encontraba muy ligado a las notables prácticas culinarias de sus madres, “todo lo que eran las comidas, uno las tenía muy marcadas, recuerdo que para el día 18 de septiembre, era la cazuela de ave y las empanadas fritas, el día 19, eran las empanadas de horno y el asado.”⁶⁵ Y así, para el 1° de noviembre o para el día del trabajador en mayo, siempre habría una comida emblemática de esas fechas. “Uno iba mirando a la mamá cómo iba haciendo esas cosas, y uno aprendía”, recuerda Luz.

Pero, en un contexto muy distinto al que acostumbramos ver hoy en la actualidad, ser niña y, en específico, hija de ferroviario, también implicaba, en muchos casos, la obligación de hacerse parte igualmente en tareas domésticas, principalmente, apoyando el trabajo de su madre en distintos quehaceres, sobre todo, en su ausencia.

Al igual que muchas niñas del pueblo, Angélica Reyes, recuerda que “como hija, mi madre me mandaba a dejarle la vianda a mi papá a las 1 de la tarde.” Sin embargo, cuando ella tenía tan sólo 10 años de edad, su madre falleció. Su hermano emigró a Concepción, y entonces, ella se quedaría sola junto a su padre, debiendo asumir en gran parte el rol de su madre que ya no estaba. Esa situación a la que por diferentes razones podía verse enfrentada una niña o adolescente en esa época, para Angélica “fue un proceso difícil, doloroso y muy triste.” Su padre trabajaba, por lo cual

quedaba sola en casa, incluso “quedando la puerta con llave”. “Yo tenía que ir a buscar el carbón a la carbonera, tuve que aprender a lavar ropa, a hacer aseo [...] Entonces, con esa edad, tuve que aprender a hacer cosas de grande, era la mujer de la casa y tenía que asumir ese rol, el aseo, el lavado, el planchado, cocinar.”⁶⁶

En el mismo sentido, y a pesar que el trabajo ferroviario representaba ciertas garantías y “privilegios” frente a otros trabajos caracterizados por la precariedad e inestabilidad en otros sectores, no siempre significaba un ingreso suficiente que lograra suplir todas las necesidades de un hogar, sobre todo, cuando, entre el personal de una sección u otra, podían encontrarse grandes diferencias salariales, las hijas, generalmente, debían dedicar tiempo en la generación de nuevos ingresos. En relación con eso, cuando Karin Luna era niña y vivía en la población 25 de octubre, su madre, aparte del quehacer diario que hacía, cultivaba algo de hortalizas, e incluso, “chanchos y patos”, que después podían comercializarse en el pueblo. Por ello, Karin recuerda cuando “íbamos con una carreta y unos tremendos zapallos a venderlos al Hogar Ferroviario. Aunque siempre era mi papá quien después recibía el dinero.”⁶⁷

Pero, ante todo, frente a cualquier adversidad, para una niña e hija de ferroviario, el mundo del ferrocarril, era un mundo cargado de una suerte de aventura, que, al mismo tiempo,

⁶⁵ Testimonio de Luz Barra Leiva

⁶⁶ Testimonio de Angélica Reyes Poblete

⁶⁷ Testimonio de Karin Luna Ferrada

representaba el lugar hacia donde cada día se dirigía su padre. Desde allí se despedía el tiempo, y también desde ese lugar, retornaban las ausencias, donde gran parte de lo posible, ocurría sobre la base de esas estructuras que a diario veían e imaginaban en las formas más cercanas a su propio mundo.



A detailed botanical illustration of a dandelion plant. The image shows several green, deeply lobed leaves with serrated edges. Multiple yellow flower heads are in various stages of bloom, with some showing the seed heads. The stems are thin and reddish-brown. The background is a light, textured white.

Testimonios

Margarita Flores Gutiérrez



Yo nací en San Rosendo, en junio de 1938, mi padre, Pedro Flores Almendra, trabajaba en el Ferrocarril y mi madre, Berta Gutiérrez Jara, era dueña de casa, aunque si tuviera que enumerar todas las cosas que ella hacía, no podría. Ella hacía tantas cosas. Ambos eran de acá. Recuerdo que mi papá, aparte de trabajar en el Ferrocarril, también sembraba, y mi mamá, se hacía cargo de todas las cosas de la casa; éramos 18 hermanos.

Mi mamá también hacía tortillas, y yo, desde muy pequeña salía a venderlas. En ese tiempo, se empezaba de chiquitita a trabajar. Me levantaba como a las 4 de la madrugada, porque tenía que ir a vender al tren nocturno que venía desde Santiago, y que por acá pasaba como a las 6 de la mañana. Luego me volvía a la casa, y me iba a estudiar a la escuela, allá tenía que terminar todas mis tareas, porque después volvía a la casa a buscar tortillas, y salía nuevamente a vender a la estación.

Terminé el 6° de humanidades con mucho sacrificio. Tenía que ir a vender, a veces ayudar a mi papá, sobre todo cuando hacía trillas, porque él sembraba trigo, arvejas, maíz, papas en el cerro y, luego, había que recoger todo el sembrado. Y, también, en la hera que está aquí arriba, era el lugar donde se preparaba la trilla. Ahí, las mujeres hacíamos el pan, la comida, harina tostada, mote, todos los preparativos para la trilla, porque eran muchos los trabajadores los que llegaban.

Después que salí del liceo, continué trabajando como ventera en la estación.

Recuerdo que a veces me levantaba tan temprano que no me daba lugar a casi nada más, a veces a las 2 de la madrugada ya había que estar levantada. O tenía que bajar en la noche a la estación, porque pasaba un tren. Vendíamos tortillas, huevos cocidos, pollos cocidos, sándwich de pollo y también de patitas de vacuno.

Recuerdo que fueron las señoritas Lara, que un día me dijeron si es que quería entrar a trabajar como ventera, “no se gana mucho, pero es un buen trabajo” me dijeron. Entonces yo le dije que sí. De primera éramos pocas compañeras, pero después otras niñas más quisieron entrar, nosotros hablamos con el jefe de estación para que pudieran trabajar, porque al igual que nosotras, tenían que estudiar y, por lo tanto, tenían que juntar platita para comprar sus útiles y otras cosas necesarias. Y en ese tiempo, no había muchos lugares donde las mujeres pudiéramos trabajar y, por lo demás, hacía mucha falta.

Nosotras mandábamos el carnet y nuestros datos para Santiago y desde allá se nos autorizaba. Ahí, nosotras nos convertíamos en venteras socias.



De hecho, cuando nos “oficializamos” ante Ferrocarriles, nos entregaron nuestro carnet y nos exigieron un uniforme, y entonces, entre todas nos pusimos de acuerdo para diseñarlo, le pedimos a una señora del pueblo que lo hiciera; nos pusimos un delantal blanco y una toca blanca. Estábamos muy bien organizadas, las señoritas Lara, como eran las mayores, eran nuestras representantes. Le pagábamos un porcentaje anual a Ferrocarriles y teníamos un puesto donde se ubicaba la cooperativa de Ferrocarriles, ahí dejábamos nuestras cosas mientras íbamos a vender al tren, y ahí mismo, esperábamos mientras llegaba el próximo tren. Entrábamos temprano a trabajar, porque pasaban muchos trenes, solamente en la mañana pasaban cerca de tres, y mucha gente era la que bajaba a comprar. Incluso, para los 20 de enero y los 20 de marzo, era tanto el trabajo, que teníamos que llevar ayudantes.

Con las compañeras, nos apoyábamos para que nadie perdiera ventas. Nos ayudábamos y éramos muy buenas amigas, como hermanas.

Dejamos de trabajar cuando los Ferrocarriles del Estado comenzaron a disminuir. Recuerdo que nos avisaron que no lo tomáramos a mal, que habíamos hecho un muy buen trabajo, pero se acababa todo y, entonces, nos fuimos.

Me casé y tuve a mis hijas, todas mujeres. Ahí me tenía que hacer cargo de las labores de la casa, el trabajo y el cuidado de mis hijas. Incluso, a veces, tenía que llevar a mi hija pequeña a la estación, y mientras yo iba a recorrer los trenes para vender, ella se quedaba en el puesto, en un cajoncito. Ellas, después, cuando eran más grandes, también ayudaban a raspar las tortillas.

Nosotras siempre sentimos que éramos parte de Ferrocarriles, pasábamos tanto tiempo y hacíamos un trabajo muy importante también, porque éramos las únicas que estábamos ahí cumpliendo ese rol.



Silinia Mardones Rojas

Yo nací en el año 1938 y llegué a San Rosendo en el 58'. Porque, en realidad, estudié la enseñanza media en Cabrero y luego me fui a estudiar a Los Ángeles, en el Liceo Comercial, allí estudié Contabilidad.

Pero antes, siempre yo venía para San Rosendo, porque aquí vivía la familia Salamanca, vivían en esta misma calle. A esa casa llegaba a visitarlos. Allí conocí a Sergio, él era amigo de la misma familia, también iba para allá.



Así entonces, después, cuando tenía poco más de 20 años, me casé. En el año 1961. Me casé con Sergio, uno de los Vallejos, de esta casa. Yo trabajaba en ese tiempo en Los Ángeles, pero me casé y me vine para acá, a vivir; de ahí no volví nunca más para atrás. Vivimos en la Quinta Ferroviaria primero, hasta llegar a calle Vallejos, donde construimos una casa, ahí construí mi primer negocio.

Mis suegros tenían un hotel, del cual me haría cargo más tarde, pero, en ese momento, recuerdo que cuando tenía mi negocio abajo, ya tenía que estar de un lado a otro, porque mi suegra era viejita y necesitaba de ayuda en algunas cosas. Este hotel es muy antiguo, siempre se llamó Hotel Central, pero antes del gran incendio de la década del 40', donde se quemaron varias manzanas de este sector, el hotel estaba en otro lugar, mucho más cercano a la estación de ferrocarriles. En ese momento, ellos se quedaron en la calle, arrendaron por ahí, pero seguían manteniendo el hotel, siempre ellos trabajaron en eso. Por otro lado, el negocio de mi suegro era el Hotel Corporación, pero también él lo perdió luego del incendio.

Esta calle, lleva el nombre del abuelo de mi marido, Ezequiel Vallejos, él era una persona que hacía mucho por el pueblo.

Y entonces, luego de casarme, me tuve que hacer cargo del hotel, sobre todo porque yo había estudiado contabilidad. Además, necesitaban prontamente que alguien se hiciera cargo y tomara el control. Posteriormente, falleció mi

suegra, también después los hijos y, entonces, finalmente, compré a cada uno de ellos, hasta ser propietaria.

Mucho antes, cuando yo venía a San Rosendo, tuve la oportunidad de conocer la antigua estación de ferrocarriles, cuando era techada y los trenes quedaban debajo, así que, aunque lloviera, una podía estar ahí.

Recuerdo que una vez, cuando aún no llegaba a vivir acá, vine con un abrigo nuevo, era celeste, y como las máquinas eran de puro carbón de piedra, al pasar por al lado, me lanza ese gas que botaban, que era puro carbón, me dejó imposible el abrigo, tuve que botarlo. En ese sentido, era bastante sucio el pueblo, andaba en el aire el hollín del carbón. Uno tendía una camisa y quedaba toda manchada. Así era aquí, y poquito tiempo después, terminé viviendo aquí. Hoy llevo como 60 y tantos años en San Rosendo.

Mi esposo, Sergio, era ferroviario, fue guardia y después terminó en Estadísticas. En esa época, a mí también me gustaba escribir, sobre historias relacionadas con el ferrocarril, pero como esposa de ferroviario también tenía que dedicarme a la casa, a hacer todos los trabajos caseros, hacer de todo. En el año 68' más o menos, como vengo de familia comerciante, al igual que mi esposo, un día dije "¿qué más puedo hacer?", porque los sueldos eran chicos y teníamos 4 hijos, así que en la misma casita, en una pieza que daba a la calle, comencé a formar mi negocio, compré

madera, yo misma lo hice, corté las tablas, hice hasta el mostrador, de a poco lo iba haciendo, iba poniendo mercadería, y así, después cuando ya tenía bastante mercadería, hice iniciación de actividades y formé mi negocio; de esa manera lo hice, en realidad he sido bien emprendedora.

Todo eso, con mucha iniciativa, pero también con mucho esfuerzo, levantarme temprano, sobre todo cuando mis hijos estaban estudiando, uno en Santiago, dos en Chillán y otro acá en Concepción, entonces me levantaba como a las 5 de la mañana, hacía humitas, empanadas de horno, también aprendí a coser y también ganaba algo de dinero con eso.

Fui voluntaria de la Cruz Roja por 20 años, pero, aunque eso no era pagado, yo me sentía bien haciéndolo. Además, eso ayudó bastante en el hotel, ya que varias veces me tocó salvarle la vida a más de alguien. Al salvar una vida, una siente una satisfacción personal muy grande. De hecho, cuando pasaba cualquier cosa en el hotel, un accidente por ejemplo, tenía que venir corriendo para ayudar en lo que hubiese ocurrido; hasta poner puntos a las heridas, todo eso.

Por otra parte, también fui tesorera de la Cámara de Comercio.

La crianza también era un tema importante, me las tenía que



arreglar corriendo no más, pendiente del negocio, el hotel y los niños, aunque ellos, cuando fueron creciendo, ya sabían estar pendientes.

Después, ya en el año 78', llegué a hacerme cargo del hotel. Aquí se vendía desayuno, almuerzo, once y comida, también el alojamiento. Venían muchos ferroviarios, de la municipalidad, eran pensionistas míos... Del consultorio también.

Pero, así como fui testigo del auge de ferrocarriles, también lo fui de su destrucción. Aunque, a pesar de su decadencia, nosotros siempre tuvimos gente. Ahora, en el trabajo del hotel, prácticamente me tocaba a mí todo, porque mi suegra ya era viejita y, antes de que contratáramos a alguien más, hasta mi esposo ayudaba a servir.

Por este hotel pasaron muchos artistas, que venían al carnaval de San Rosendo. La Sonora Palacios, Peter Rock, Luis Dimas, Quique Neira, el "Flaco", Nin de Cardona, Marilú Cuevas "La Monona", el Pollo Fuentes, el Monteaguilino; realmente fueron muchos los que por aquí pasaron.

Así fue, hasta 3 años atrás, cuando falleció mi esposo. Decidí cerrar este Hotel, ya no podía seguir porque también estaba enferma. Trabajé mucho durante toda mi vida, pero, aun así, no siento nostalgia, porque sigo aquí, sigo viviendo aquí, vivo con las mismas cosas, está todo igual. Creo que, si no estuviera aquí, sería muy diferente.



Gladys Pérez Henríquez

Nací en San Rosendo, siempre fui diferente, en mi manera de ser y de pensar. Cuando llegué a Ferrocarriles, en 1972, era la única mujer. Mi papá había sido ferroviario, y en ese entonces, le daban facilidades para ingresar a los hijos de funcionarios. Yo era muy joven, quería seguir estudiando, no me gustaba mucho la empresa, porque el trabajo era muy machista, la mujer parecía no encajar ahí; tuve que luchar mucho para permanecer. Siento que, para esa época, yo estaba fuera de mi generación, porque en ese tiempo, las mujeres debían casarse, tener hijos, siendo el hombre quien las mantenía económicamente.

Yo empecé a trabajar, y empecé a ver la vida de otra forma, no permití que fuera el hombre quien me dominara. Incluso, al poco tiempo de entrar a Ferrocarriles me casé, pero también, rápidamente me separé. Tuve mi hija y, esa, era razón

suficiente para trabajar y continuar, salir adelante por ella. Necesitaba trabajar, y por eso exigía a los jefes que yo tenía el mismo derecho que los hombres a salir a trabajar a otros lugares, ya que, con eso, se podía tener más ingresos.

En esa época, la sola presencia femenina les molestaba a los hombres, de ahí, a darle una orden a un hombre, era algo complejo.

San Rosendo era muy importante como centro ferroviario, porque desde ahí se distribuían los distintos ramales hacia el norte, sur y otros lugares. Yo ingresé al área administrativa, pesaba la carga que se transportaba, en relación al tonelaje de los carros. Pero cuando llegué, como aspirante, fue aprender en diferentes rubros: equipaje, carga, pasajeros, estadística, boletería, entre otros. Tenía que pasar por todo eso, para ir ascendiendo. Y ahí uno tenía que ir luchando con el “enemigo”, el hombre. Todo eso, en medio del aprendizaje de los cursos que nos hacían de movilización y otras cosas; saber cómo se movilizaban los trenes, los cambios, las señales, los kilómetros que habían de una estación a otra. Siempre ir aprendiendo no más.

Y así, siendo muy joven, recién entrando a la empresa, pero con una capacidad de aprender rápido, un día me dejaron como secretaria del jefe, como ayudante del Jefe de Estación. Todos se



cuestionaban el

hecho que yo estuviera ahí y no otros, con más años de servicio, nunca me lo decían directamente, pero se sentía. Eran cargos de mucha responsabilidad, además, se trabajaba con mucho dinero a cargo, se le pagaba al personal en efectivo, embargos judiciales, etc.

En ese medio, tuve que enfrentar muchas situaciones de acoso, pero que jamás toleré, a ninguno. Incluso, debido a una situación, una vez decidí dejar de ir a trabajar, fueron varios días, hasta otra oportunidad en que tuve que entrevistarme con el interventor militar en Concepción para que me movieran de ahí.

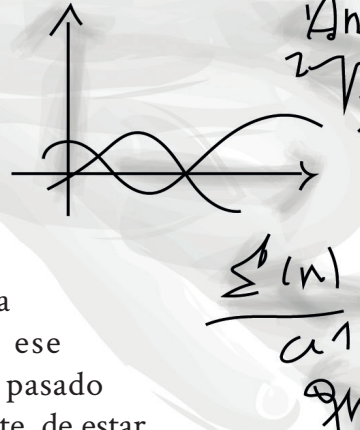
Sufrí el hecho de que todo estuviera diseñado para hombres, con el acoso, a veces incluso tenía temor de situaciones en que pudiera estar vulnerable frente a los hombres, tuve que pasar muchas situaciones difíciles. Pero nunca me dejé intimidar, más de un golpe tuve que dar.

Toda mi escuela ferroviaria fue en San Rosendo, hasta que me trasladan a Concepción. En el año 87' aproximadamente. Ahí me enviaron a Concepción, ya había llegado la computación y me pidieron que fuera jefa de la oficina de informaciones en esa ciudad. Después me dediqué a la boletería, en Concepción, Chillán, Yumbel, Cabrero. También volví a San Rosendo, pero a puestos específicos.

A mí, muchas veces me dejaban como monitora, tenía que hacer clases. En ese entonces, yo ya había pasado por todo, de ser ayudante, de estar en Estadística, en bodega de carga, en los equipajes, en los reembolsos; yo ya había pasado eso.

Y, aunque no era lo que más me gustara, me quedé en boletería. En ese tiempo viajaba mucha gente en el tren, eran filas interminables, atender mucho público. Eran muchos los trenes, el que llegaba a Concepción, a Temuco, Valdivia, los ramales a Curanilahue, a Talcahuano, para todos lados. Tenías que saberle todas las estaciones.

Para esos tiempos, para esa época, por todo lo que tuve que pasar, siento que fui una guerrera. No guardo fotografías, pero si tengo muy claros mis recuerdos.





Teresita de las Nieves Burgos Zambrano

Yo nací en 1947, en el campo, en Curamávida, cruzando al otro lado del río. Mi papá, Luis Burgos Zenteno y mi mamá, Emma Zambrano Carrasco, ambos habían sido nacidos y criados en ese sector. Cuando éramos chicos, apenas amanecía, salíamos a la siga de los animalitos, a cuidarlos. Salía con mi hermano, tres años menor. Salíamos y, entre eso, también jugábamos mucho. Tenía menos de 10 años; porque fue a esa edad, cuando entré a la escuela.

Mi mamá me había enseñado a leer con el libro “El ojo”, a mí y a mis hermanos. A mí me costaba mucho aprender la lectura, pero cuando ella estaba, nos enseñaba a leer. En la escuela estuve 3 años solamente, para que así pudiera entrar otro de mis hermanos y, así, yo también ayudar a trabajar a los papás.

Mi mamá trabajaba como por tres personas, trabajaba mucho. Criaba a sus hijos, venía al pueblo (San Rosendo), que quedaba a 2 horas de ida y otras 2 horas de regreso; ella venía con su hijo pequeño y, además, con todas las cosas que traía para vender. Traía porotos, tomate, pollitos, y muchas otras cosas. Con eso que ella vendía, después se llevaba el Omo, el jabón, el azúcar, la sal, fideos para el campo; mucho sacrificio, cerros inmensos que había que subir con todo eso al regreso.

Me casé a los 20 años, con un ferroviario, nos casamos en el campo, él también era de allá. Vivimos un poco allá y luego nos vinimos al pueblo, a San Rosendo. Yo anhelaba el pueblo, porque acá todo era más fácil, se podía trabajar en lo que fuera. En ese tiempo, era muy hermoso, mucha gente iba a vender al tren, era muy comercial este pueblo. Pero también había una pobreza muy grande aquí. Por eso, en ese entonces, casarse con un ferroviario era como una dicha, pero la verdad era que sólo algunos de ellos ganaban bien, para muchos era una miseria. Cuando llegamos, arrendamos en unas casas que había en la esquina de calle Balmaceda con Esmeralda.

De primera, me dediqué a criar a mis hijos, lo que significaba educar, hacerse cargo de la casa, la comida, el lavado, sobre todo la ropa del ferroviario, que llegaba muy sucia, de mal olor y machada de aceite, también el cuidado de los hijos, sobre todo cuando estaban enfermos, que siempre lo estaban, ahí uno sufría

porque a veces no había medicamentos. Pero después, busqué trabajar, recuerdo que hacía algunos vestiditos, gorritos en el invierno y salía a vender, pero nadie me los compraba.

Y un día, conocí a una señora que vendía harina tostada, le pregunté a cuánto la vendía, y encontré que ganaba tanto. Y como en el campo tostábamos y hacíamos mote también, de niña uno iba viendo cómo lo hacía la mamá; ahí yo lo había aprendido. Entonces, empecé haciendo de unos 2 kilos de trigo hasta hoy que llevo más de 40 años trabajando en esto. El problema era que con lo que mi marido me entregaba para comprar cosas, a veces, no alcanzaba demasiado, o también para otras cosas que yo encontraba necesarias para la casa, entonces, cuando empecé a trabajar, podía comprar lo que necesitaba, o con lo que ganaba, complementar el sueldo de mi esposo y tener mayor abundancia para la familia y los hijos.

Porque de primera, cuando mi marido trabajaba en la carbonera, en cuadrillas particulares de Ferrocarriles, les pagaban tan poquito, al punto que, a veces, cuando se demoraban en pagar, no había casi nada, faltaba el arroz, los fideos, el azúcar. Pero, de todos modos, la comida nunca faltó, mi esposo era muy preocupado de eso, él siempre estaba yendo a buscar leñita, a vendimiar al campo y nos traía el canasto de uva, él era muy rebuscador y trabajador. Además, mi suegra siempre nos daba porotitos casi para el año, arvejas, nos traía cosas cuando venía

al pueblo, incluso, nosotros íbamos casi todos los fines de semana para el campo también.

La vida de la mujer de ferroviario era muy sacrificada en esa época, hoy las cosas han mejorado mucho, al menos así lo veo yo.



*Mónica
Aguilar
Ramos*



Mi padre era ferroviario, era maquinista, ahí nació mi interés por ingresar a ferrocarriles. En ese tiempo, años 60'-70', el rol de las mujeres era sólo ser dueña de casa, mantener la familia, tener la alimentación, preocuparse que los niños vayan a la escuela. Las mujeres trabajaban los 365 días del año, no tenían feriados, ni vacaciones, ni día de la mujer, no sabían de eso, no había métodos anticonceptivos, tenía que tener los hijos, no podía proponerse metas ni proyectarse a futuro, mientras el hombre, casi no se metía en el hogar. Las señoras de los ferroviarios estaban en sus casas, a que llegaran los hombres, les tenían que servir, posteriormente ellas les lavaban la ropa cuando, en ese tiempo las máquinas eran a vapor, se llegaba muy sucio a la casa. Y así, le proveían la ropa limpia, la alimentación para que, al día siguiente, el hombre fuera a trabajar, ellos llegaban después de las 6 de la tarde, cuando los niños ya estaban dormidos. Nos criaron con mucho machismo...

Yo me saco el sombrero de tantas mujeres -entre ellas está mi madre-, que dieron todo, todo. Aunque, ciertamente, ellas tenían un rol autoritario en su casa, era quien juntaba la manada.

Cuando yo entré a Ferrocarriles, en el año 72', era mal visto que una mujer desempeñara un cargo que fuera "de hombre", la mujer estaba diseñada para ser una dueña de casa. A veces, existía hasta temor de saber cuánto ganaba el marido, no se podía meter en los asuntos de él, el machismo no dejaba que la mujer avanzara.

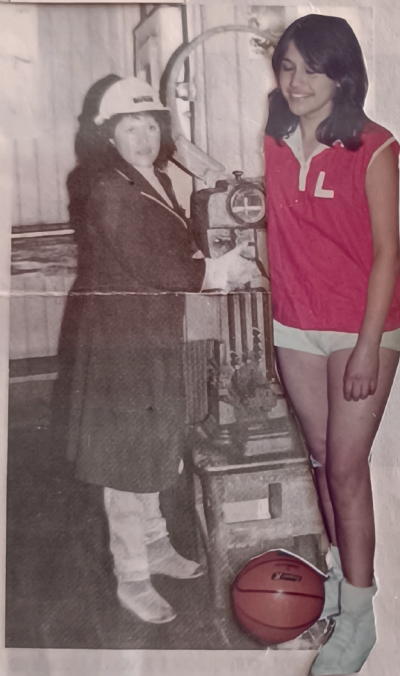
Cuando vivíamos en Curanilahue, como teníamos una casa amplia, a mi mamá le ofrecieron tener un Hogar Ferroviario, ya que, en cada lugar, era necesario uno para que los funcionarios se alojaran ahí. Y en eso, llegó un gerente general de la empresa a firmar el convenio, y mi mamá le consultó, sobre qué posibilidades había, como mi padre era ferroviario, que yo ingresara a Ferrocarriles. Él me dejó ingresar a prueba, como aspirante. Ahí sufrí, las burlas y todo eso. Me prohibieron varias cosas, pero como yo era habilosa, empecé a aprender rápidamente. Fui la única mujer. Hubo mujeres que después fueron boleteras, pero en Tráfico fui la única persona.

Comencé en Bodega, y quien fue designado para "enseñarme" era hombre, teníamos prácticamente la misma edad, pero él era hombre. Comencé "marcando bultos", se le escribía el nombre del propietario, se le entregaba



Mujeres ferroviarias:

MANOS DE ACERO NO ANULAN EL CORAZON



Dos facetas y una sola Mónica Aguilar: jefa de estación movilizando trenes, y karateca capaz de dar por tierra con más de algún "lanzador".



• Una es jefa de estación en Laja. Otra, guardacruzada en San Pedro. Dos son torneras en la Maestranza de San Bernardo.



Mónica Aguilar Ramos, con 20 años de servicios en Ferrocarriles, es la jefa de estación de Laja.

Criada en un ambiente netamente ferroviario —orgullosa hija de un maquinista y la mayor de ocho hermanos— se confiesa "ena-

morada del riel", aunque estudió enfermería en la Universidad de Concepción y trabajó posteriormente en el hospital de Curanilahue, localidad minera en la que posteriormente fue jefa de estación.

"Hermosa y graciosa", según criterios masculinos, se declara gran amante de los deportes. Fue destacada participante en varios campeonatos provinciales de básquetbol, y luego estudió artes marciales durante cinco años, por si "le sale un diablito por ahí" —afirma con naturalidad no exenta de firmeza y picardía—. Y cuentan que más de algún lanzador —y desubicado— merodeador de la estación se ha llevado una contundente lección por intentar faltarle el respeto.

La verdad es que esta mujer, de intensa y fructífera vida, ha desarrollado el deporte como expresión física y espiritual, junto con desempeñar labores de toda índole.

Y una de las tareas más delicadas que ha debido acometer en más de una oportunidad ha sido la de evitar accidentes. Así, dice Mónica, "me ha tocado enfrentar más de 60 descarrilamientos de trenes".

En 1983 obtuvo una distinción al mérito ferroviario, que le otorgó la gerencia del entonces Ferrocarril del Sur. El galardón amerita que Mónica Aguilar ha sabido integrar notablemente sus naturales dotes femeninas con las rudas tareas del tráfico ferroviario, obteniendo resultados de excelencia.



al equipajero, que era un carro grande; así entré yo. Después, me dijeron que empezara a hacer los boletos, lo hice, me fue bien, y luego me dijeron: ¿quiere aprender a movilizar?, entonces, ahí pasé a la Movilización.

Un día me dijeron: ¿usted se encuentra capaz de ir a Colico Norte a hacer este mismo trabajo?, sí. Y ahí, me comencé a meter en Tráfico, me empezó a gustar, lo encontraba muy interesante.

A San Rosendo llegué porque vine a reemplazar un boletero. Porque en esos tiempos, a Yumbel viajaba mucha gente los 20 de enero, de todos lados, por lo que había que poner aumento de boleteros. Estuve de “boletero de aumento”. En San Rosendo, se llenaba de trenes, para todos lados, entre eso a Yumbel. Incluso fui Conductor, de San Rosendo a Yumbel, cobrando los pasajes. Las hice todas, la pega que me pedían, la hacía.

En el Hogar Ferroviario del pueblo me tenían una habitación especial, como era mujer.

En San Rosendo fui ayudante de Jefe de Estación, y así también, en muchos otros lugares. En ese cargo, más que nada se hacían cosas de oficina, todos los días había que hacer un libro para el personal, el listado de la gente, los turnos, revisar las remesas, etc. Recuerdo que, cuando estaba de Jefe de Estación en Curanilahue, me visitaron unos japoneses, ellos me felicitaban, para ellos era impresionante que una

mujer fuera Jefa de Estación, era como una mujer a cargo de un Buque.

En un momento, me ofrecieron ser Jefe de Estación de San Rosendo, pero no quise. Luego me ofrecieron Chillán y Laja, pero finalmente escogí Laja. En el año 87' llegué a Laja como Jefe de Estación. Se armó un alboroto, era impresionante ver cómo la gente se aglomeraba para verme, hasta el gerente de la Papelera llegó a verme, para mí era algo rutinario, pero para el resto era sorprendente, los guardias me venían a dejar a la puerta.

Siempre la relación con los hombres fue difícil, quizás horrible. Ellos no permitían que una mujer les diera una orden. Pero en San Rosendo trabajé con buenas personas también.

Mi vida fue linda, hice lo que nunca nadie había hecho, estar sola en las estaciones, hacer cruzamiento de trenes, dar vuelta los cambios. También recuerdo que para el 73' casi me llevan detenida, estaba en la estación sacando llave a los cambios porque tenía un cruzamiento, no tenía a quien mandar, tenía que hacerlo yo. Y de repente siento el fusil en la espalda, y era un carabinero que me iba a llevar detenida, porque yo estaba haciendo un atentado. Y me llevaban detenida, esposada, mientras yo les decía que si no daba vuelta el cambio se iba a producir un choque, porque recibía dos trenes, uno del norte y otro del sur. Y ellos: “no, es un atentado”. Cuando estaba en la comisaría, ahí recién confirmaron que

estaba trabajando. Para ellos, no podía ser que una mujer fuera ferroviaria.

Siempre tuve la sensación que estaba haciendo algo que no me correspondía. Mucho prejuicio, insultos, donde incluso hubo veces en que tuve que pedir carabineros de apoyo, porque algunos no soportaban que yo, una mujer, les diera órdenes.

Finalmente, decidí quedarme en Laja, comencé a formar familia y tuve a mi segundo hijo. Yo iba hasta a trabajar con mi hijo, lo dejaba al ladito de mi oficina donde trabajaba. También era mal visto, porque no se podía tener niños ahí. No había guardería.

Incluso, lo que hice pudo servir para otras mujeres, en ese tiempo muchas mujeres llegaban a conversar conmigo, para que yo hablara con alguno de los funcionarios, porque tenían mal trato con sus mujeres, y entonces, yo tenía que llamar a conversar a los hombres, donde tenía que decirles que cambiaran su conducta. También hacerme cargo de la retención de parte de sus sueldos para entregárselos a la madre de sus hijos, cuando así estaba establecido.

Fui una mujer rupturista de esa época, rompí los esquemas que estaban hechos para los hombres, una mujer que hizo la diferencia, que doblegué ese mito que tenía instalado el machismo.



Luz Salas Zambrano



Yo nací en 1946, soy hija de ferroviario. Mi madre, que actualmente tiene 99 años, llegó a San Rosendo muy niñita a trabajar a uno de los hoteles que aquí había. Aquí se conoció con mi papá y se casó.

Las mujeres siempre estaban en su casa; criar y educar a todos sus hijos. En esa época las familias eran grandes, nosotros somos 10 hermanos, además, solamente la ropa, tenía que lavarse toda a puño y escobilla, planchar con plancha de fierro, a la que le echaban carbón de madera para poder planchar, hacer pan en unos tarritos de lata, todo muy difícil, mucho trabajo para las mujeres, por eso, era muy difícil que ellas y nosotras tuviéramos otra actividad. Porque yo, que era la mayor, tenía que estar también ahí en la casa ayudando a la mamá, colegio y casa, ayudando a criar los hijos que mi mamá tenía.

Además, en la escuela, nos formaban también para eso, a coser, tejer, bordar. De alguna forma, nos enseñaban a eso, a ser dueñas de casa.

Mi vida fue un tanto triste, no tenía permiso o derecho ni para salir a la puerta de la calle. Era la hija mayor, y como tal, tenía que quedarme soltera, no me podía casar, no podía seguir estudiando, porque tenía que quedarme en la casa ayudando a cuidar a mis hermanos. Era una niña haciendo trabajos de mujer adulta. Poco supe de niñez y adolescencia.

En ese tiempo, las casas eran pequeñas, y como muchos en el pueblo, vivía toda la familia en el mismo lugar. Nosotros, 10 hermanos y mis 2 padres vivíamos todos juntos. Vivíamos todos amontonados, aunque mi papá siempre se preocupó de separar a hombres para un lado y mujeres para el otro.



En esos años, cuando iba al colegio, tenía que levantarme temprano, porque antes de irme a la escuela tenía que hacer cosas, tenía que dejar el fuego encendido en la cocina por ejemplo, cuando llegaba en la tarde, ayudarle a mi mami a darle once a todos mis hermanos, si estaba cocinando pan, ayudarle en eso también, luego, en la noche ayudar a lavar a los cabros para que se acostaran a dormir. Se acostaban todos y yo ahí quedaba dando vueltas sola en la cocina, terminando lo que no se alcanzó a hacer en el día. Al final, me acostaba y al otro día la misma rutina.

Nunca me casé, porque para mis padres, cuando todos se fueran y ellos fueran mayores, era yo quien debía cuidarlos. Y así fue.

Era una época de pocos recursos, y era la mujer la que debía cabecerse a la hora de preparar las comidas. Y no eran ollas pequeñas, eran muy grandes.

Cuando éramos niños, acá en la 25 de octubre los niños jugaban con las ruedas del ferrocarril, al trompo u otros juguetes que se los armaban ellos mismos.

En ese tiempo, abundaba la solidaridad, nos ayudábamos entre vecinos, si a alguien le faltaba algo, se conseguía al vecino. Para el terremoto del 60', todos nos unimos. Nos comunicábamos



mucho más. Las mujeres, sobre todo, nos ayudábamos unas con otras, organizábamos cosas, nos íbamos para el río, conversábamos, nos tirábamos al río y todo. Las mujeres teníamos un rol muy importante organizando juegos, las fiestas primaverales, el carnaval, etc. Todo eso cambió, siento que la mente de la gente y la conducta del ser humano cambió con la subida de Pinochet, comenzó la rivalidad, partiendo de quienes eran pinochetistas y los que no, después eso se fue profundizando totalmente en otros aspectos. Ahí cada cual tiraba para su lado, después la globalización, y bueno, ya era otro Chile. Antes, aunque éramos pobres éramos mucho más felices.

Bernardita Vergara Cuevas

Yo nací en 1947, en San Rosendo, en un sector del fundo de don Luis Larenas, pero luego, cuando el fundo fue vendido a las forestales, junto a mi abuelita, mi mamá y yo, de 2 años, llegamos al pueblo, a arrendar, frente a la iglesia católica. Mi mamá es María Cuevas Inostroza y mi papá, Luis Vergara Elmes. Quizá se podría decir que mi padre era comerciante, porque trabajó atendiendo la cantina del Hotel Corporación, él era sobrino de mi tía Juana Neira, la dueña del hotel. Mi mamá, por su parte, tal como hicieron muchas sanrosendinas de la época, por un momento se dedicó

al comercio, recuerdo siempre que ella llevaba cosas para vender hacia el sur. Trabajó en varias cosas, también como lavandera, un trabajo muy común en esa época. Incluso, cuando construyeron la escuela, a ella le pidieron que trabajara preparando la comida para los trabajadores y, luego, la persona que estaba de jefe de la obra, quien le tomó mucho cariño a ella, la llevó hasta Mulchén, donde se construía el hospital de esa ciudad. Después, incluso se quedó un tiempo trabajando en Santiago. Pero, aparte de su trabajo, ella también ayudaba a mi abuelita con las cosas de la casa. Ella, mi mamá, se sacrificó toda la vida conmigo, ya que mi papá falleció cuando yo tenía 15 años de edad.

Cuando pasó el tiempo, mi mamá arrendó una pieza en otra parte del pueblo, cerca de la plaza, y ahí vivía yo con ella. Mi mamá me mandaba a la escuela en la mañana, mientras ella se iba a trabajar. En ese tiempo ella trabajaba de forma más estable en el hotel de la señora Berta Martínez. Recuerdo que cuando yo salía de la escuela, me iba donde mi abuelita, que vivía en calle carrera, y de ahí, cuando mi mamá ya llegaba a la casa, me regresaba donde ella.





En el año 67' yo salí del liceo y, al año siguiente, comencé a trabajar como profesora. Entramos con el programa de Frei Montalva, momento en que se autorizó ingresar a trabajar con 6° de humanidades.

Me casé en el año 1972 y tuve 2 hijos, Nano y Bernardita. Yo fui la cabeza del hogar, tenía que ver todo lo necesario para la casa, porque mi marido me entregó la ficha de pago de su trabajo desde el primer día que nos casamos. Él se desligó de todo eso. En ese tiempo las cosas eran diferentes, no existía la libertad que hoy tienen muchas mujeres, yo jamás dejé solo a mi marido para salir a algún otro lugar que él no quisiera.

También debo mencionar la labor que cumplió mi madre, ella se preocupó mucho de mis hijos. Ella cumplió un rol muy importante. Pero, aunque yo trabajaba y a veces no podía estar con ellos gran parte del día, de todas formas, en las tardes llegaba para ayudarles a hacer las tareas a mis hijos, aunque mi mami a veces ya les había enseñado. Pero siempre estaba preocupada de ellos, muy pendiente de ellos.

Ahora, los trabajadores ferroviarios, sobre todo los maquinistas, como era Hernán, mi esposo, ciertamente casi no sabían de la pascua, el año nuevo o los cumpleaños de sus hijos... Por el trabajo. A ellos solamente les decían, "Ya, tienes que ir para la navidad a tal parte", y estaban obligados a decir que sí no más. En esos momentos, la familia jugaba un rol muy importante, porque

yo, estando sola, era mi mamá y las tías las que llegaban para celebrar los cumpleaños de sus sobrinos. Igual, para las fiestas, se reunía toda la familia, pero muchas veces mi marido no podía estar. De hecho, también recuerdo que cuando mi marido trabajaba de 3 a 11, yo iba a dejarle la once, cuando él estuvo de jefe, y también me acuerdo que cuando era pascua, yo iba a comer con él a la Casa de Máquinas, más temprano eso sí, porque después me iba a la iglesia.

Cuando yo comencé a trabajar como profesora en la escuela de San Rosendo, la realidad era muy diferente a la de hoy, apoderadas con 12 o 13 hijos, que muchas veces tenían que afrontar el problema de la miseria, el alcoholismo de sus maridos, la falta de ropa y zapatos para los niños, el hacinamiento en las casas era algo muy común. Las condiciones eran paupérrimas en ese entonces.

La escuela en San Rosendo tuvo mucha importancia en esos años. Yo recuerdo que, en un momento, en la escuela de niñas superamos las mil alumnas y, al otro lado, en la escuela de hombres, se superó los mil también. Por mucho tiempo estuvimos con más de mil alumnos en cada escuela. Todo eso fue por el auge del ferrocarril. Después, con la llegada de la Papelera, se comienza también a migrar hacia Laja y, junto con eso, comienza a disminuir la natalidad.

Las mujeres fueron muy importantes en la época ferroviaria, hay que pensar que, solamente en el trabajo de los ferroviarios, eran las esposas o las hijas, las que muchas veces tenían que ir a dejarles la comida allá, o la choca que tomaban ellos. También, fueron ellas quienes debieron ocuparse de solventar, de la forma que pudieran, cada una de las carencias que existían en los hogares.



A stylized illustration on the left side of the page. It features a dark green vine with several bright red tomatoes hanging from it. Below the vine, there is a woven basket filled with more red tomatoes. The illustration has a folk-art or woodcut-like style with bold outlines and flat colors.

Griselda Pérez Bizama

Nací en el año 64', yo siempre fui del otro lado del río [Biobío], hasta el año 85', cuando llegué a vivir al pueblo. Crecí viajando hasta San Rosendo, para vender. Nosotras veníamos a vender nuestros productos acá, le ofrecíamos a las personas que aquí vivían, a los conocidos, que eran muchos. Pasábamos por la estación, donde había una garita, que era un carro, ahí pasábamos a descansar y los trabajadores ferroviarios nos ofrecían agüita o cafecito. Pasábamos el calor en verano, y en el invierno, como tenían estufas a carbón de piedra, nos calentábamos.

Esto era en el verano más que nada, porque ahí traíamos lo que sembrábamos; los porotos verdes, la verdura, la fruta, tomates, los canastos de ciruelas, manzanas, etc. Era sólo hasta mayo o abril, porque en invierno ya se largaban las lluvias, que eran torrenciales, crecía el río y ya era más difícil llegar. Los caminos ya no se podían transitar, por eso las personas se aseguraban comprando todo en el verano. Desde el campo llegaban las carretas llenas con quintales de trigo para moler en el molino que estaba en el balseadero, ahí molían. Y nosotras, acá en el pueblo comprábamos los víveres que en el campo no podíamos conseguir.

Otros venían en carreta, pasaban por el río Biobío en una lancha grande a remos, en los botes pasaba la gente y luego, atravesábamos la playa que, en ese entonces, era inmensa.

Salíamos a las 6:30 de la mañana, otros, que vivían más lejos, salían como a las 5:30. Nosotras demorábamos como una hora y media hasta el puerto en Santo Domingo, llegábamos como a las 7:30-8:00am a San Rosendo.

Las mujeres llevábamos el sustento para la casa, porque allá en el campo, el hombre trabajaba cultivando la tierra, cortando el trigo o viendo los sembrados, no se preocupaba de salir a vender, era la mujer la que salía a vender al pueblo. A veces, ellos ayudaban, pero quienes salían por las calles, ponían los precios, iban puerta a puerta -cuando la venta no estaba muy bien- éramos las mujeres. Siempre recuerdo que, cuando era niña, la vega estaba en calle Vallejos, pero después nos sacaron de ahí, y trasladaron la feria a calle Ibieta, subiendo de la estación a mano izquierda.

En San Rosendo, todo el movimiento de trenes, que corrían para todos lados, nos beneficiaba mucho por la cantidad de gente que transitaba por acá. La gente se movilizaba mucho en tren. Desde el sur venían a vender para acá, de acá pasaban a Concepción, llevaban los quesos, la leche, los cerdos, los pollos, había un coche que llevaba todo eso.

Por otro lado, Ferrocarriles nos abastecía de petróleo para el campo, siempre teníamos un conocido que nos podía ayudar con eso. Nosotras le decíamos, “véndame, ¿cuánto es?”, y nos decían: “no, llévelo no más, y después nos trae cualquier cosa”. Y uno les traía después las chuicas de vino, los litros de agua ardiente, las tortillitas. Eso era para los hombres. Y para las mujeres, eran las tortillas, las verduras. La gente quedaba encantada, muy agradecida, nos decían: “pase cuando quiera no más”.

También acá, en Ferrocarriles, se conseguían durmientes, rieles para reforzar las casas, todo eso servía mucho en el campo.



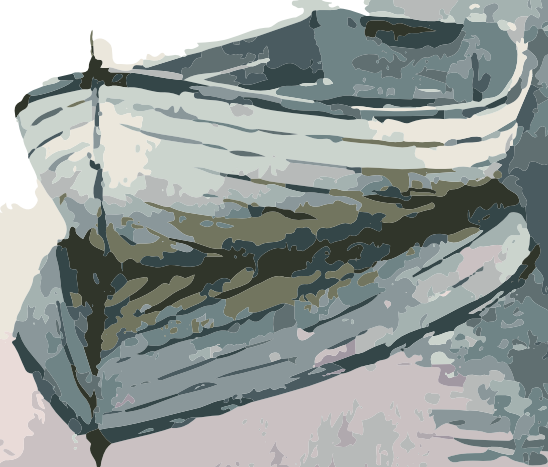


En esos años, la mujer era el sostén importante de la casa. Aunque el hombre mandaba, ellos no atinaban a nada en el hogar, si la mujer no estaba, nadie comía. Siempre ha sido lo mismo, la mujer ha tenido que trabajar mucho, pero al menos hoy, en algo se reconoce, antes no era reconocido, es más, le decían que no servía para nada, que la mujer era inútil, siendo que, sin ellas, el hombre no era nada.

Cuando venían los trenes, estaban mucho rato acá, entonces la gente se bajaba y subía a comprar, sobre todo cosas que no vendían en otros lugares, se llevaban todo. Por ejemplo, como en el sur no había ciruelas, nos compraban esa y otras frutas con canasto y todo.

Después, el tren se fue muriendo, y todo se fue terminando. Todo se conectaba con el ferrocarril, porque llegaba mucha gente. Además, en el campo, muchos niños comenzaron a estudiar y emigrar hacia otros lugares, se iban. Fue quedando sin gente.

Estudié hasta la educación básica, porque en el campo la gente decía que la educación no era necesaria. Hice un año en San Rosendo, otro en Balseadero y otro en Laja, pero no pude terminar.



Guacolda Morales Méndez

Nací en San Rosendo, el año 1928, mis padres fueron Rosa Méndez y Tiburcio Morales. Mi papá era ferroviario, fue Jefe de Estación en San Rosendo, y mi mamá, siempre fue de este pueblo. Al parecer, mi papá vino desde Los Ángeles

y acá se conoció con mi mamá, se casaron y tuvieron 9 hijos, de los cuales yo soy la menor.

Cuando era niña, recuerdo que el recinto ferroviario y los chalets de calle Ibieta ya estaban, pero el pueblo, todavía no era más que un cerrito, las casas quedaban apartadas y cada una tenía un patio bien grande. La plaza aún no existía, ahí solamente había un cuadrado rodeado de ciprés, se hablaba de que en algún momento eso sería plaza. En esos tiempos el alcalde era don Gervasio Figueroa, fue él quien hizo sacar esos Ciprés y formó ese espacio ahí, para lo que sería la plaza.

Cuando era pequeña, todo era muy diferente a como se ve hoy, era un campo, la casa de nosotros tenía un sitio muy grande, no había luz eléctrica y nos iluminábamos con chonchon y vela, las noches eran muy oscuras, sólo se escuchaba el chasquido de los caballos y de los carabineros haciendo rondas en la noche, hasta que se construyó la planta eléctrica, en el





cerrito de la actual calle Pedro Montt. Mis hermanos mayores, antes que entraran a Ferrocarriles, trabajaron ahí. Siempre recuerdo que mientras se construía la planta eléctrica, el alcalde también comenzaba a arreglar la plaza del pueblo. Cuando llegó la luz, fue gran alegría para todos, hasta tocó el Orfeón Ferroviario.

Y entonces, poco a poco el pueblo fue creciendo, las personas, entre ellos mi papá, compraron sitio y construyeron casas más arriba, así se fue poblando. Desde que yo tenía 2 años, comenzamos a vivir en la Pedro Montt. Como niña, iba a la escuela y también jugábamos por ahí donde vivíamos; mis padres siempre tenían temor a que nos cayéramos por el cerro, porque era una gran cuesta hacia abajo. Por otra parte, todos mis hermanos fueron ferroviarios.

En ese tiempo, como mi papá tenía buena situación, se podía pagar nana y una niña que hacía el aseo, eso le permitía a mi mamá no trabajar tanto, más que nada ella mandaba sobre las cosas que se tenían que hacer.

Recuerdo la gran huelga de Ferrocarriles, en 1936, donde se paralizó la red ferroviaria de norte a sur. Era una fiesta, ningún ferroviario salió a trabajar, pero, se fueron todos a la Casa de Máquinas, incluso, las señoras de los ferroviarios también partieron para abajo, a la Casa de Máquinas, el pueblo estaba vacío arriba y los trenes detenidos. Después, las mujeres desde arriba, desde el cerro, estaban avivando a los trabajadores,

con banderas y gritos apoyando a los huelguistas. También hubo otras huelgas, pero ninguna tan grande como esa.

Me casé con un ferroviario, él era de Talca, llegó a San Rosendo por el trabajo, y ahí nos conocimos. Tenía 22 años y convertirme en esposa de ferroviario fue sacrificado, yo, que antes de casarme no estaba acostumbrada a hacer todas esas labores, ahora tenía que hacer de todo, especialmente costó al principio, cuando tenía que lavar la mezclilla con todo el aceite y hollín. Además, los hombres en esa época eran muy mañosos y estrictos, tanto con sus esposas como con sus hijos.

Nosotros vivíamos en la 25 de Octubre, ahí, al lado de la Casa de Máquinas y recuerdo que apenas sonaba el “burro”, (sonido que indicaba la entrada y salida de los trabajadores de su jornada), tenía que tener la comida a tiempo para cuando llegara mi esposo, también el cuidado de los hijos; debo reconocer que fue bien difícil al principio.

Recuerdo muy bien cuando, viviendo en la 25, nosotras, las mujeres que, en su mayoría éramos todas jóvenes, siempre salíamos por la tarde al portón o a la calle para ver como los niños jugaban a la pelota -ahí me hice amiga de mis vecinas-, hasta que un día, conversando dijimos, “ya, hagámosle un equipo a los cabros”, hablamos con los dirigentes del Club deportivo Ferroviario y les preguntamos si es que nuestros niños podrían ir a jugar a la cancha, y nos dijeron que sí, “llévenlos no más”.

Entonces comenzamos a organizar, les decíamos “ya, sólo el que se porta bien va a ir a la cancha, porque vamos a tener un equipo”. Y entre los vecinos comenzamos a formar directiva y todo eso, los llevamos a la cancha y se armó el equipito. Para empezar, una vez, hicimos una ramada para el 18 de septiembre, trabajamos los 3 días del 18, con eso compramos calcetines, chuteadores y una pelota. Y así empezamos. Después invitamos a Río Claro, nos fuimos a Río Claro a jugar, después a Laja y así. Organizábamos los campeonatos y todo. En esto, las mujeres fuimos muy importantes, porque los maridos trabajaban y éramos nosotras las que teníamos que organizar campeonatos y salir con los chiquillos a otras partes también. Además, entre los mismos vecinos, comprábamos alguna cosa que pudiera servir como premios para los ganadores en los partidos. Así nació el Club deportivo 25 de octubre, así como también muchos otros más.

Por otro lado, cuando San Rosendo aún no contaba con un Liceo con administración propia, cuando aún se dependía del Liceo de Hombres n°2 de Concepción y solamente se cursaba hasta 4° de humanidades, vecinos, y sobre todo las mujeres, fuimos las que comenzamos a movilizar, a presionar para conseguir la creación del Liceo propio. En ese tiempo, los padres poco se veían en los colegios y, entonces, el movimiento se inicia desde la inquietud de las mujeres por lograr un Liceo independiente que alcanzara el 6° de humanidades. Ciertamente los hombres

estuvieron ahí, pero, en gran parte, sólo nos acompañaron.

En ese momento yo era apoderada y presidenta del Centro de Padres, trabajé también en todo eso, aunque, cuando llegó el momento en que teníamos que viajar a Santiago para entrevistarnos con un diputado, no sólo por el Liceo, sino también por el teatro y la cancha ferroviaria que nos querían quitar, a mi marido no le gustó la idea de que tuviera que viajar, así que tuve que ceder la presidencia. Pero trabajamos hartito, hacíamos hasta ramadas para el 18 de septiembre para tener recursos para el Liceo.

Recuerdo el incendio de 1941, yo tenía como 13 años, fue terrible. A nosotros se nos quemaron 2 casas esquina. Se quemaron varias manzanas, desde los chaleces al final de calle Ibieta, hasta el final de calle Pedro Montt, por suerte no tomó la plaza, si hubiese sido así, se quema todo el pueblo. Todo era llamas, en ese momento no había bomberos, nada podía detener las llamas. Llamaron a Concepción, pero los bomberos llegaron a las 8 de la mañana, yo recuerdo cuando apareció el carro bomba a la vuelta en la subida del cementerio, pero ya estaba todo quemado. Después, la reconstrucción, todo eso demoró años.





También trabajé mucho en la iglesia católica, tanto en la reconstrucción después del terremoto como en la formación del coro, ahí fuimos muy importantes las mujeres, de hecho, en el coro, hasta antes de casarme, éramos sólo mujeres. Recuerdo a la señora Clodomira Martínez, era profesora jubilada y tocaba el armonio, había uno en la iglesia, pero nadie lo sabía tocar. Ella sí sabía, entonces fue ella la que se hizo cargo del armonio y de todos los cantos de la iglesia en ese momento.

Antes, a pesar que éramos gente mucho más humildes que hoy, había mucha alegría, donde llegaba el Orfeón Ferroviario se armaba una tremenda fiesta, todo era alegría. En el teatro, toda la gente se reunía a ver las obras, las películas, llegaban los actores de las telenovelas, todos íbamos a verlos. La plaza, la banda tocando todos los domingos, las pascuas, las fiestas... Para mí, el ferrocarril se terminó y todo eso se acabó.





Angélica Reyes Poblete

Nosotros éramos 4, mi mamá, Alicia Poblete, mi papá, Francisco Reyes, mi hermano, Francisco Reyes y yo. Vivíamos camino al cementerio, a mano derecha. Mi mamá daba pensión, a carabineros, a ferroviarios, y también ella arrendaba una casita más al centro del pueblo donde recibía a otros pensionistas. Después, por razones de salud de mi mamá, ella tenía cáncer, mi papá vendió la parcela que tenían arriba, y compraron un terreno cercano a la plaza de pueblo. Y ahí mi mamá siguió dando pensión.



Ella comenzó en eso, porque le gustaba la cocina, una vez había dejado de trabajar en el hotel de la estación. En ese entonces, cuando el hotel lo tenía a cargo la Sra. María Salinas, mi papá trabajaba ahí, cuando él era jovencito, atendía el bar y era garzón. Mientras mi madre, en la cocina.

Luego, cuando mi papá entró a Ferrocarriles, mi mamá se dedicó a dar pensión. Su vida, como esposa de ferroviario fue siempre muy sacrificada.



Yo nací en 1966, estudié la escuela y el liceo acá en el pueblo, aunque este último no lo terminé. Cuando mi mamá falleció, en 1976, ya no tenía esa mamá encima de mí, preocupada del colegio, de las reuniones, las notas. Mi papá era su trabajo y, por otro lado, sus salidas, el alcohol, que también significaba que, al igual que otros muchos ferroviarios, llegaran casi sin plata a la casa, pero como mi mamá también trabajaba, de esa forma siempre se podía pagar las cuentas.



Mi mamá, se hacía cargo de la pensión sola y, aun así, cuando mi papá llegaba del trabajo, muchas veces él llegaba mañoso, y ella lo esperaba, se ponía de rodillas en el piso, ponía un lavatorio con agua, le sacaba los bototos, los calcetines y le lavaba los pies. Después se cocinaba algo como especial y comían con los pensionistas más regalones. A veces mi papá le ayudaba a cocinar, cuando no tenía turno.

Cuando éramos pequeños, no teníamos televisión, entonces siempre me recuerdo que yo iba donde mi mamá y le decía “mamá, yo quiero ver tele”, y ella me decía, “bucha hija, es que no tenemos” “entonces, ¿me da permiso para ir a otra casa a ver?” “bueno”, me decía ella. Pero una vez, regresé porque donde fui, no me dejaron ver televisión, le dije a mi mamá, y en ese momento ella me dice: “ya mijita, no se preocupe”. Y la escuché hablando después con mi papá. Y ella le dice a él “sabes viejo, antes que me muera, le voy a comprar un televisor a mis chiquillos, lo voy a pedir donde los Turcos”. Y de repente llega con el televisor, lo instaló en una mesa en el living y yo le digo “mamá, y eso” “es un televisor para que vea televisión y no tenga que molestar en otros lados”. Y entonces, yo le decía a ella, “mamá, y cómo hablan que ahora salió la televisión a color, por qué este es blanco y negro?” “bueno” me dijo, y pasaron unos minutos y llegó con un papel celofán verde y se lo ponía sobre la pantalla. “Ya, ahí tiene el color”. Yo no conocía la televisión a color, así que ahí me quedaba tranquila. Y decía ella “ahora me puedo morir tranquila, porque mi chiquilla tiene televisión”.



Ella se preocupaba mucho por nosotros. Los remedios, los “secretos” para mejorarnos. Todo eso ella hacía. Era mañosa y exigente, pero al mismo tiempo era tierna, muy preocupada. Como hija, mi madre me mandaba a dejarle la vianda a mi papá a las 1 de la tarde, o a otro pensionista también. Después mi mamá comenzó a dejar de trabajar, porque tenía cáncer y él estar yendo a las quimio al hospital de Concepción, ya no tenía la fuerza para tener que estar cocinando y atendiendo a la jefatura de Ferrocarriles, más a los trabajadores y a carabineros.

Cuando mi mamá murió, en 1976, ella tenía 44 años y yo tenía 10. Mi hermano emigró a Concepción en busca de trabajo y yo me quedé sola con mi papá. Fue un proceso difícil, doloroso y muy triste. Mi papá trabajaba, yo quedaba sola, incluso la puerta con llave. Yo tenía que ir a buscar el carbón a la carbonera, tuve que aprender a lavar ropa, a hacer aseo, aunque antes, mi mamá me preparó con anticipación para hacerme cargo de todas esas cosas. Cuando ya

sabía que las quimio no hacían efecto, un día comenzó a enseñarme cosas y yo le pregunté por qué lo hacía, y me dijo “porque yo voy a hacer un viaje muy largo”, “pero ¿dónde va a ir mamita?” “no sé aún, pero es un viaje muy largo, entonces usted se va a quedar de dueña de casa, por eso quiero que vea cómo hago todas estas cosas, para que después usted lo haga”. Y pasó el tiempo, se empezó a sentir muy mal, yo pensé que era una de las tantas veces que ella se iba al hospital, pero no fue así. Incluso, ella se preocupó de decirle a su hermana que vivía al frente, que nos cuidaran a mi hermano y a mí, porque ella no iba a volver.

Entonces, con esa edad, tuve que aprender a hacer cosas de grande, era la mujer de la casa y tenía que asumir ese rol, el aseo, el lavado, el planchado, cocinar. Me hizo mucha falta mi mamá, sobre todo en la adolescencia, cuando más necesitas la orientación de una madre. Por otro lado, como a mi papá se le hacía difícil estar preocupado de su trabajo y de lo que se tenía que cocinar



para mí, entonces habló con la asistente social de la municipalidad y comencé a desayunar y almorzar en el internado.

El rol de una mujer, y más, de una mamá, era muy importante. El hecho que ya no estuviera, significaba que ya no estaría la mamá esperando con el almuerzo, quien me lavara la ropa, o secarla si se mojaba con la lluvia, darme un remedio si estaba enferma, acompañarnos.

Mi papá siempre decía, padre podrás encontrar siempre, pero una mamá nunca.

Finalmente, cuando me casé, cuando tenía 20 años, mi esposo trabajaba y, la mayor parte del tiempo, tenía que hacerlas de mamá y de papá. Hice mi vida, tuve a mis hijos, pero siempre estuve al lado de mi papá. Hasta su último día.



Maria Concecha Martínez



Varias generaciones en mi familia trabajaron en Ferrocarriles. Mi abuelo era ferroviario y junto a mi abuela, vivían en casa de Ferrocarriles, casi frente a la estación. Siempre recuerdo que el patio de la casa en San Rosendo era muy grande, de hecho, el sitio daba hasta la playa, y casi todo eso era huerto. Mi abuelo, que también era carpintero, en una ocasión, decidió comprar e ir a vivir al otro lado del río (Santo Domingo). Allí, rápidamente se dio cuenta de los problemas que tenían las personas para cruzar el río desde San Rosendo hacia el otro lado. Entonces, buscó madera y comenzó a construir botes. Le fue muy bien en ese negocio, incluso con ese dinero construyó su casa ahí. Tiempo después, hizo lanchas grandes para que pasaran las carretas que traían las pipas de vino que después las cargaban en el tren.

Ahí, el rol de mi abuelita consistía en administrar todo eso. Contrataba los boteros, estaba preocupada de dar el desayuno y la comida a los hombres que trabajaban con ella y también recibía el dinero que ganaban en los botes.

Mi padre Zenón Concha Mendoza, era mecánico en Ferrocarriles, entre otras muchas cosas que hacía ahí. Margot Martínez Polanco, mi madre, fue dueña de casa, siempre cosiendo y tejiendo, amanecía tejiendo. Nunca voy a olvidar que era ella quien nos hacía la ropa a nosotras.

En la vida cotidiana, la mamá era una persona fundamental para nuestra vida, para nuestra educación; para encaminarnos en la vida.

Mi mamá trabajaba en la compañía de teléfonos, con la señora Avelina Chávez, pero por amor ella dejó de trabajar, porque mi papá un día le dijo: “yo quiero una esposa, no quiero una mujer trabajadora”, y ella, dejó de hacerlo. Después, claro, siempre se arrepintió.

Ella no era muy buena para cocinar, pero nos educaba en cosas puntuales, que fuéramos señoritas, que aprendiéramos a hacer cosas, llegar del colegio y dejar los uniformes colgaditos en un lado y los zapatos en otro, cambiarse la ropita, etc. Era ella quien llevaba el hogar.

Recuerdo cuando, con todo su amor, nos hacía nuestros vestidos, porque a mi papá no le alcanzaba. Se juntaban con las vecinas, una sabía cortar, la otra coser y ahí en la cuadra del recinto estación se juntaban, nos hacían los vestidos.

Las mamás, siempre estaban pendientes de nosotros. En la Revista de Gimnasia eran ellas quienes estaban ahí con nosotras, nos hacían los disfraces, todas las cosas, su preocupación era que a nosotros no nos faltara nada, aunque muchas veces a lo mejor a ella le faltó, no lo sé, pero nunca me percaté de eso. Los almuerzos eran familiares y los días domingo siempre salíamos de paseo. Esperábamos con ansias la navidad y, a veces, ni siquiera era por el regalo,

era porque sabíamos que, al llegar diciembre, íbamos todos los días al río. Mi mamita decía: “ya, a almorzar, reposar y al río”. Esos eran los paseos, todos al río. Cómo no recordar ahí sentados en el río, en medio del agua y comiendo una rebanada de sandía.

Cuando estábamos de cumpleaños, cuando eso no era más que un canapé, que ellas hacían con tanto amor, también las panitas de pollo, recuerdo que las molían, las pechugas de pollo, nos hacían las tortas, y si la mamá no sabía hacerlas, la vecina sabía. Así era, y esas cosas eran muy importantes para nosotros.

En las navidades ellas nos engañaban, nunca me voy a olvidar cuando una navidad nos regalaron unas muñequitas de goma, era una colorina, la otra de pelo naranja y la otra de pelo café y, mi madre, nos decía a nosotras, que un mes antes de navidad debíamos dejar las muñecas lavaditas en las ventanas, para que el viejito pascual las viniera a buscar y nos trajera una nueva. Y con la inocencia, nosotras lavábamos las muñecas, bien lavadas, las dejábamos sequitas en la ventana, y cuando fui creciendo, me fui dando cuenta que de repente el viejo pascual me traía la misma muñequita pero cambiado el color de pelo y con harta ropita, y entonces, lo que pasaba era que mi mamita, lo que hacía, es que

ella las sacaba de la ventana donde las dejábamos en la noche, cuando dormíamos, ella las vestía de nuevo, les hacía ropita, y entonces, un año teníamos de regalo la del pelo café y al otro año me daba la rubia, y yo era tan feliz, además, teníamos una bolsa de ropa para cambiarle.

Ellas nos hacían felices incluso a costa de su falta de dinero, porque no les alcanzaba para comprarnos regalos a todos, yo creo que muchas mamás hicieron eso, con las famosas muñequitas de trapo, o con todas esas cosas, nos engañaron mucho, pero nos hicieron muy felices.

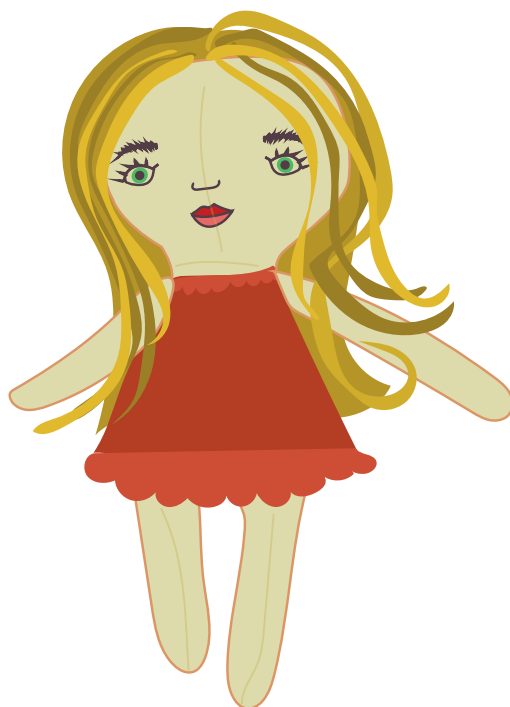




tiempo, se hacía en el hospital de Laja. Ahí estuve por 43 años, primero en Los Ángeles y luego en Laja. Como mi marido comenzó a trabajar en comercio y yo como paramédico en Los Ángeles, el cuidado de los hijos, por ese periodo, estuvieron principalmente a cargo de la nana o mi mamá. Hasta que pude venirme a Laja en el año 82' y así estar más cerca de mi familia y mis hijos.

Antes, las mamás dejaban todo por su familia y sus hijos, quizá por amor, porque claramente, de no haber estado enamoradas no habrían aguantado tantas cosas. Tengo 50 años casada y hasta el momento soy muy feliz, feliz de ser una hija ferroviaria y de una madre dueña de casa que me formó.

Yo, me casé el año 72' y mi primer hijo lo tuve en octubre de ese año. Con mi marido tuvimos 4 hijos. Mi esposo había ingresado a Ferrocarriles y yo trabajaba en Quilacoya que, en ese entonces, era parte de San Rosendo. Recuerdo que yo me levantaba a las 7 de la mañana para irme en el tren, mientras él se quedaba con la bebé, a la espera que llegara la nana o mi mamá. Pero para el año 73', nos despidieron a ambos, a mí de la escuela y a mi esposo de Ferrocarriles. Entonces, luego de eso, me fui a hacer un examen para ingresar a un curso de técnico paramédico que, en ese



Margarita Álvarez Ladrón de Guevara



Mis padres eran de Angol. Conocí a mi marido allá, y después llegamos a vivir a San Rosendo, en el año 1981. Con mi marido, ferroviario, habíamos llegado a Laja en 1972, luego de 2 años lo trasladaron a Coihue donde vivimos casi 9 años, para llegar a San Rosendo, donde nos establecimos.

Cuando llegamos a San Rosendo, mi hijo tenía 2 meses y medio, y mi hija, 9 años. Como ferroviario, mi esposo siempre trabajaba para afuera, por lo que, yo críe los hijos, los formé. Entre todo eso, pertenecí a la Cruz Roja de San Rosendo, donde fui directora de finanzas, también presidenta del Centro de Madres Javiera Carrera. En el Centro, tenía que buscar los recursos y gestionar monitores para que nos hicieran clases, porque nos hacían cursos. En la Cruz Roja, se atendía pacientes, se hacían visitas domiciliarias a los enfermos, para las elecciones estábamos todo el día en el local de votación, desde que se abría hasta que cerraba, ahí estábamos, atendiendo cualquier urgencia. Atendíamos a un Club de adulto mayor también. Después nos unimos con el Hogar de Cristo para la atención a adultos mayores. Trabajábamos en conjunto con el Seguro. Teníamos que ir al comité central a reuniones también, en Concepción. La municipalidad nos daba una subvención para medicamentos y todo eso. Éramos voluntarias.

Incluso, fui presidenta del curso de mi hijo, desde la Básica hasta cuarto medio. Salíamos de paseo todos los años, del primero hasta el cuarto año de la educación media salimos de gira. Me tocaba trabajar todo el año para gestionar y reunir los recursos para salir.

Las mujeres éramos papá y mamá. El trabajo de la mujer, era tan importante como el trabajo que hacía el hombre, porque nuestra responsabilidad era aún mayor, teníamos que sacar la familia adelante, educar, formar. Éramos enfermeras, doctoras, amas de casa, panaderas, cocineras, había que hacer de todo, más aún, cuando los maridos que trabajaban para otros lugares, llegaban en cualquier momento, y había que tenerles todo listo, porque nunca se sabía el regreso. Además, éramos quienes resolvíamos, teníamos que hacerlo, teníamos que ser quien tomara el rol. Había que llevar la casa, porque ellos cuando llegaban de descanso, a veces, no eran más de 2 o 3 días, y volvían a salir.

Por otro lado, en la huelga de los ferroviarios en los años 80'. Las esposas fuimos un apoyo muy importante, se hizo la olla común, estábamos todo el día acompañando a los maridos, sólo llegábamos a dormir a la casa no más. Nos turnábamos para cocinar, nos organizábamos para que un día lo hicieran unas y otras al día siguiente. Se daba almuerzo a toda la familia. Recuerdo que fue como un mes de huelga. Fue paro nacional.

Cuando mi marido ya era maquinista, y trabajaba en el tren desde Renaico a Concepción, al pasar por San Rosendo -pasaban lentito- yo tenía que tenerle el almuerzo listo para entregárselo a las 14:30, que era la hora que pasaba el tren por acá. Y en la noche, él volvía a pasar en el corto nuevamente, y me traía la ollita. También en la noche, cuando trabajaba en otros trayectos, también tenía que ir yo a dejarle algo, o él me entregaba a mí, cosas que traía desde Puerto Montt u otros lugares.



Nos casamos en noviembre del 72', y, después, cuando llegamos a San Rosendo, a la población 25 de octubre, yo dije "no me muevo de acá", me gustó el río. Yo vivía en la primera casa desde el puente ferroviario, veía el río Laja, el río Biobío por la ventana, veía el puente cuando pasaba mi marido, yo le hacía señal con la luz y él me tocaba la bocina del tren. Vivíamos a los pies de la Casa de Máquinas. Incluso teníamos huerta, donde también me alcanzaba a vender porotos verdes, en esos años.



Luz Barra Leiva



Nací en mayo de 1955. Soy hija de ferroviario, tengo hermano ferroviario y me casé con un ferroviario. Mi padre era Osvaldo Barra y mi madre María Leiva. Ellos venían del campo. Allí se conocieron, se vinieron a San Rosendo y comenzaron a formar su hogar. Éramos 6 hermanos, una familia unida. Mi mamá era mañosa, le gustaban las cosas derechitas. Nos enseñaba buenos hábitos, prepararnos para ir al colegio, las tareas. Todo eso era preocupación de una madre. La disciplina y el rol protector de ella hacia sus hijos era central. Nosotros llegamos a la población 25 de Octubre el año 1973, cuando mi papi es trasladado.

Como niños esperábamos con ansiedad la pascua, el dieciocho, para todo santo; las empanadas, la leche con plátano, el mote con huesillo, los pajaritos, la sierra en el horno de barro del día domingo. Mi mamá, ella preparaba todo eso. Ella tenía todo ese trabajo. Con 6 hijos, sin lavadora en esa época, cocer el pan en horno de tarro, planchar con esas planchas que le echaban carbón de madera y luego las sacudían; claramente, cuando ya llegaba la noche, la mamá estaba cansada y no tenía tiempo para hacerle cariño a uno. Todo lo que eran las comidas, uno las tenía muy



marcadas, recuerdo que para el día 18 de septiembre, era la cazuela de ave y las empanadas fritas, el día 19, eran las empanadas de horno y el asado. Yo, por ejemplo, para el 1° de noviembre, preparaba una ensalada de habas machacadas con un bistec. En la pascua, el pan de pascua y todo eso. Uno iba mirando a la mamá cómo iba haciendo esas cosas, y uno aprendía.

Las mamás preparaban comidas tan ricas que ahora ya no se hacen: a mí me encantaba una comida que iba con papas, zapallo, chuchoca y arriba un bistec de pana; también el guiso de jurel en tarro, con cebolla, papa, harto tomate; puré de porotos, se echaba a remojar, luego se hacía un pinito con cebolla y los aliños, y luego se molía; la comida de trigomote. También se hacía el charquicán con pescá seca, como era originalmente.

Yo estudié en la escuela, salí del liceo. Luego hice un curso de paramédico, en lo que trabajé 7 años en Laja y otros 22 años en el consultorio antiguo de San Rosendo. Entré con 17 años a trabajar. Después, me casé, en marzo del 74', como mi marido y yo trabajábamos, los niños se criaron con nana. Ser esposa de ferroviario siempre significaba más trabajo, porque yo llegaba como a las 18:30 o 19:00 del trabajo y mi marido tenía que salir a las 3 de la mañana con un tren hacia Talca, Chillán o Puerto



Montt. Entonces, yo tenía que arreglarle el bolso, hacerle comida fresca para que llevara, un sándwich. Ahí uno quedaba 2 o 3 días sola, con los niños chicos, a veces cuando tenía que ir por el trabajo a Concepción, tenía que dejarlos solos, porque no podía decir que no. Era trabajar el doble. En la semana, la ayuda de las nanas fue muy importante, sobre todo en cocinar y cuidar a los niños. Al fin y al cabo, como mi marido, ferroviario, trabaja siempre para afuera, tenía que hacerlas de mamá y papá, tenía que ser así no más, no había otra forma.



Oelive Montero Molina

Nací en mayo de 1939, mi papá era ferroviario, la mayor parte de la familia lo era. Mi padre era de San Rosendo y mi mamá había llegado desde Quilleco muy niña al pueblo. Ambos se casaron siendo muy jóvenes. Mi padre trabajaba, mientras mi madre, se hacía cargo de todos sus hijos en la casa, una excelente madre, además, era muy cariñosa, siempre recuerdo cuando llegaba la gente del campo a vender la verdura, mi mamá les daba desayuno y todo, no dejaba que se fuera así no más la gente.

Yo trabajé desde muy niña. En Laja, cuando aún no se instalaba la Papelera, nosotras íbamos hasta allá, y vendíamos botes de helado, teníamos de todas clases de helado. Lo servíamos en unas galletitas que había. Hasta que un día, tiempito después, fui a hablar con mi tío, que trabajaba en Ferrocarriles en Santiago, para que me dieran puesto, para vender en la estación. Y ahí comencé a trabajar como ventera en la estación, tenía un poco más de 20 años. Me daban una tarjeta desde Santiago, esa era la que tenía que mostrar. Teniendo ese permiso, ya éramos de Ferrocarriles. Teníamos el puesto al lado de la Cooperativa de los ferroviarios. Ahí teníamos todo, todo lo que vendíamos, teníamos brasero para cocer los huevos, vendíamos pollos enteros, patitas cocidas, sanguches de pollo, arrollado o queso, tortillas, nos iba muy bien. Teníamos que levantarnos a las 5 de la mañana para hacer las tortillas, incluso

llegaban vecinos a ayudar a rasparlas. A las 9 de la mañana llegaba el primer tren, y a esa hora teníamos que estar ahí. A veces nos quedábamos en la estación a la espera del próximo tren, si nos faltaban los huevos, íbamos a comprar y seguíamos o íbamos a almorzar a la casa, y volvíamos al tren de las 2. Trabajábamos hasta las 9 de la noche.



Con las compañeras, éramos todas unidas. Si se le acababan las cosas a alguna, se le pedía a la otra para ayudarle. Éramos varias las que trabajábamos ahí. Siempre una pensaba en la familia, entonces mucho de lo que uno ganaba era para el hogar. También trabajaba entregando aguardiente, lo cosechaba, lo echábamos en unos recipientes muy grandes, luego, arriba del tren y me iba hasta Temuco. Pero, todos me ayudaban, los niños o jóvenes, con ellos me iba para allá. Me acompañaban.

Al tiempo después me casé y tuve a mis hijos, ellos iban a la escuela, me ayudaban a raspar las tortillas también. Las cosas de la casa, lavar, cocinar, todo eso también era trabajo que tenía que hacer. Para las mujeres la vida era difícil. Había mucha pobreza en esa época en San Rosendo, pero, la comunidad también era mucho más cercana, cuando yo trabajaba, eran los vecinos quienes llevaban al río a mis hijos. Teníamos muy buenos vecinos.

También recuerdo que, durante el gobierno de la Unidad Popular en 1973, cuando hubo escasez, como yo tenía para comprar o podía enviar a varios niños a comprar de cuartitos a los negocios, les dije a mis vecinas que, si me ayudaban, podíamos hacer la olla común; y la hicimos, me ayudaban ellas a cocinar.

A mí siempre me gustó trabajar, primero, ayudar para que a mi mami no le faltara nada, y después cuando me casé, aunque mi marido trabajara, igual me gustaba tener para que a mis hijos nunca les faltara nada.



Rudecinda Garcés Araneda



Mi madre Olga Araneda Riquelme era de Santa Fe, y mi padre, Arturo Garcés Sepulveda de Chiguayante. Mi mamá era maestra tejedora y mi papá mecánico en la fábrica Caupolicán, donde ambos se conocieron y, después de un tiempo, se casaron.

Yo nací en el año 1950 y crecí en Chiguayante. Después, luego de estudiar, me fui a Santiago, por un tiempo, donde, entre otras cosas, ingresé a estudiar y egresé como secretaria administrativa. Después me regresé a Chiguayante a vivir con mis padres y comencé a trabajar. Así, cuando ya tenía 20 años, comenzamos a pololear con mi marido, con él nos conocíamos desde los 10 años. Dos años después, nos casamos y tuvimos 4 hijos. Víctor, mi marido, era ferroviario.

Por mi parte, siempre busqué seguir trabajando, aprendiendo nuevas cosas, en cursos y talleres que podía tomar, y también, ofreciendo entregar mis conocimientos a otras personas más. Siempre he sido así, necesito estar haciendo cosas.

Víctor, después de haber estado en San Rosendo en 1972, lo trasladan a Valdivia, después a Los Ángeles y finalmente, nuevamente a San Rosendo en el año 1982, cuando llegamos a esta casa. Una de las cosas que puedo destacar, es que este pueblo es como un paraíso, porque yo, que he vivido en ciudad lo sé, allá a alguien le sucede algo y nadie hace nada.

Nuestro rol como mujeres era fundamental para el crecimiento de nuestros hijos, porque los hombres ferroviarios, sobre todo maquinistas, trabajaban mucho afuera, no estaban, entonces la mujer debía ser ambas cosas, hombre y mujer a la vez. Algunas mujeres de ferroviarios nos juntábamos en el centro de madres, generalmente esposas de maquinistas y fogoneros. Ahí conversábamos, nos apoyábamos y aconsejábamos sobre las vivencias que teníamos en el hogar con los hijos, sobre las dificultades en la crianza, su educación y cuidados. Y en mi caso, además trabajé muchos años como monitora de talleres, como cajera y secretaria en Concepción.

Recuerdo que una vez mi hijo se enfermó, tuvo una indigestión terrible, acá no había médico, eran como las 12 de la noche, así que tuve que

tomar un chalón, envolverlo y partir a la estación. Me subieron arriba de una máquina que me llevó hasta Laja, me bajé en la estación y me fui caminando al hospital de Laja con mi niño en brazos, a esa hora. Tuve que quedarme toda la noche, mientras mis otros hijos encerrados con llave en mi casa. Me vine en el primer tren de la mañana con mi hijo, ya lo habían estabilizado, puesto el suero por su deshidratación y me lo entregaron, eran como las 7:30 de la mañana. El marido no estaba por su trabajo. De ahí, no podías descansar, seguía el afán de la casa, aunque tuvieras sueño tenías que seguir funcionando. Los demás hijos tenían que ir a clases.

Recuerdo que en un momento hubo una huelga grande de ferrocarriles, no solo en San Rosendo, sino también en otros lugares. Ahí las mujeres fuimos muy importantes apoyando a los maridos. Hacíamos la olla común, porque no había pagos, misma razón por la que muchos querían romper la huelga. Todo se hacía en la Federación Santiago Watt, nos turnábamos para cocinar. Hacíamos campeonatos de pelota, incluso las mujeres también jugaban. Pero en realidad, todo el año estábamos apoyando, en las fiestas del 1° de mayo, el 18 de septiembre y para la navidad. Éramos tan hermanables, la unión en este pueblo era admirable. Si a alguien le pasaba algo, todos estaban ahí.



Olga González Medina



Nací en 1957, en San Rosendo. Mi mamá, Hilda Medina Toro, venía del campo, del otro lado del río, y mi papá, Víctor González González, de un sector del campo en Laja. Ambos se conocieron aquí en el pueblo. Mi mamá era del campo, pero siempre venía hasta acá a ayudar a la casa donde vivían los padres de toda la familia Medina de San Rosendo, en la esquina de Latorre con Balmaceda, era una casona muy grande. Cuando ella venía, traía también muchas cosas para vender. Y entonces, en esa casa a ella la veían como que estaba “entrando en edad”, y la familia Medina le buscó un pololo, para que no se quedara sola. Le presentaron a mi papá, él era viudo, aunque no tenía hijos. Era ferroviario, era cambiador. Así se conocieron y luego se casaron.

Como ferroviario, a mi papi lo iban moviendo y trasladando a diferentes lugares, razón por la cual los primeros hijos los tuvieron en otros pueblos, pero nosotros, las últimas tres, nacimos acá, en San Rosendo. Somos siete hermanos.

Mi madre, era una mujer muy preocupada de sus hijos, su desvelo era que nunca faltara nada. Ella siempre

estuvo presente, aunque, en ese entonces, la mujer era más que nada de su casa, mientras el marido trabajaba fuera del hogar. Ella lavaba con su escobilla en la artesa, preparaba la comida, se preocupaba que anduviéramos muy bien vestiditos, limpiecitos. Recuerdo que siempre cuando mi mami terminaba de hacer su almuerzo, una vez apagada la olla, sacaba una ollita chica y apartaba comida, yo le decía, ¿por qué hace eso mamita? Y ella me respondía: “porque al dueño de casa hay que servirle siempre lo mejor y no darle sobras”. Yo, todavía lo hago.

Me acuerdo cuando nosotras íbamos a dejarle el desayuno o el almuerzo a mi papá a Ferrocarriles, y como vivíamos en la Quinta Ferroviaria, nos íbamos por el camino del castaño hacia abajo, hasta llegar donde él. Mi mami siempre echaba más comidita para que mi papi nos convidara. Ahí nos quedábamos con él compartiendo. Él era muy cariñoso con nosotros. Se sentía feliz de tener sus hijas.

Era bonito, en la Quinta se juntaban todos los jóvenes de todas las familias que había, éramos muy unidos todos. Me acuerdo que cuando se hacía un



cocimiento, otras comidas u otras cosas como sopaipillas con chicharrones, nos mandaban a nosotros a dejar el platito con cosas, a todas las casas. Eran todos cariñosos, y entre todos nos cuidábamos. Jugábamos harto, íbamos al cerro, nos tirábamos de rasca poto para abajo, llegábamos todas cochinas a la casa.

Cuando vivíamos en la Quinta, para la Cruz de Mayo se salía a pedir, con cantos y todo, se llegaba con muchas cosas y, entonces, mi mami preparaba todo, aunque nosotras le ayudábamos también. Eran como 50 niños los que se reunían. Siempre lo hacíamos antes que llegara mi papi, por su puesto; dejábamos todo ordenadito después.

Recuerdo muy bien mi primer día de clases, mi mamá me mandó con un delantal lindo, de estos que se abrochaban atrás y bien peinadita. Nosotros vivíamos en la Quinta, donde tengo lindos recuerdos, además, en el pueblo éramos todos como una familia en esa época.

Después ya fuimos creciendo, íbamos a la escuela, luego al liceo en calle Ibieta, ahí me licencié. Tengo muy bonitos recuerdos del teatro. Después terminé mi cuarto año, conocí a mi marido y nos casamos. Y aquí nos quedamos, en

San Rosendo. Antes, mi marido era de Concepción y siempre venía a Laja a ver a dos hermanas que él tenía, siempre se venía en el tren, y cuando pasaba por San Rosendo, eran muchas las máquinas de vapor —de carbón de piedra— que había aquí y, según recordaba él, al pasar por acá, las camisas quedaban todas negras, él no sabía que era el hollín el que las dejaba todas negras, tiznadas. Decía, “cada vez que paso por ahí se me ensucia la camisa, este pueblo tan tiznado, tan sucio que es”, pero la boca le castigó, porque llegó aquí mismo, al pueblo... Se casó con una sanrosendina y se quedó en este pueblo tiznado.

Y aquí después seguimos, nos dedicamos 45 años a nuestra panadería. Esa historia comenzó así: a mi marido no le gustaba el comercio, pero, luego que salió del servicio militar, y no poder seguir estudiando, ya que tenía más hermanos, decidió dedicarse a trabajar.



Él tenía un amigo, hijo del dueño de una panadería, y un día él le dice si puede ir a hacer unas instalaciones eléctricas porque quería abrir el negocio. Mi marido había estudiado electricidad en Concepción, por eso sabía. Fue y lo hizo. Algún tiempo después, cuando ya nos conocíamos y nos habíamos casado, el dueño de la panadería -que había sido la primera panadería del pueblo, habían pasado varios dueños- le dio la posibilidad a su hijo para que él trabajara el negocio, pero no funcionó, y entonces, él habló con mi marido y le dijo si es que quería trabajarlo. Él le dijo que sí, a pesar que no le gustaba, pero ahí nos quedamos. Luego de haber trabajado muchos años ahí nos ofrecieron la panadería, si es que queríamos comprarla. Y la compramos. Seguimos trabajando, criamos a todos nos nuestros hijos ahí. Fueron 45 años.

El 13 de enero de 2018 nuestra panadería se incendió, después de 45 años, todo se acabó. Pero tuvimos mucha ayuda del pueblo. Se logró rescatar algo de los implementos y, con eso, después se continuó haciendo el pan, pero, de todas formas, ya estábamos cansados; en diciembre de 2023 la panadería se cerró definitivamente.



A mi me gustaba el negocio, me gustaba atender, la gente, todo eso. Yo tenía que correr siempre, me levantaba temprano, ayudaba en la panadería, después venía a hacer mis cosas. Cuando mis hijos eran chicos, a mi primera hija mujer la dejaba acostadita con la mamadera para que tomara ella solita, al ratito la iba a ver, y ahí estaba. Tenía que correr mucho, era muy sacrificado. Recuerdo que, incluso, cuando estaba embarazada yo le iba a ayudar a mi marido, con la tremenda guatita. Pero siempre me gustó, además aquí la gente toda se conocía, los clientes eran buenos. Mis hijos eran felices.



Catalina Fonseca Oporto

Mi mamá, Hilda Oporto González, al igual que mi papá, Prudencio Fonseca, eran del campo, frente a San Rosendo. Yo nací en 1953 y los recuerdos más bonitos que tengo del campo son de cuando mi mamá estaba viva, porque ella falleció muy joven, eso fue muy triste. Mi mamá trabajaba mucho, hacía todo lo que era de la casa, además, como en el campo se trabajaba en las chacras, las vendimias, las trillas, etc., ella siempre tenía que cocinar y ocuparse de todo eso, aunque nunca sola, porque siempre invitaba familia, sobrinas, hermanas y sus hijas que le fueran a ayudar también.



Estudié toda mi enseñanza básica en el campo. Después me casé y me vine al pueblo, en el año 72'. Antes, siempre veníamos al pueblo (San Rosendo), para vender nuestros productos, aunque nos volvíamos sin ningún peso, porque teníamos que llevarnos todo en mercadería.

Cuando me vine a San Rosendo, llegamos a vivir a la casa de mi suegra y, luego, nos trasladamos a la casa en la que hasta el día de hoy vivo. Mi esposo, hasta ese entonces, trabajaba aquí atendiendo la cantina, que se encontraba en este mismo lugar donde ahora estoy, cerca de la estación y justo en frente de la carbonera y la Casa de Máquinas.

En esa época, el mundo ferroviario se reunía aquí, al igual que en otras cantinas que, para esa época, no eran pocas las que había en San Rosendo. Los ferroviarios llegaban en grupos, principalmente durante la tarde, al finalizar sus jornadas. Muchos de ellos pasaban casi todo el día aquí, tanto, que al final se conformaba como una familia, organizábamos otras comidas o pichangas en otros lugares, donde participábamos todos, aunque, para esas ocasiones, ellos eran los que cocinaban y preparaban.





Había chiquillos que prácticamente vivían aquí, apenas se levantaban se venían para acá. Llegaban tempranito, hacían el aseo, encendían la estufa en la mañanita, prendían fuego, tomaban desayuno, e incluso me encendían el fuego de la casa, y yo, cuando me levantaba, la casa ya estaba calentita.

Eran muchos los ferroviarios que había en el pueblo y, por esa razón, también era que casi en cada esquina había un local. Para ellos, venir aquí era parte de su rutina, en ese tiempo tocaba el “burro” o la sirena de la Casa de Máquinas y ahí salían todos los ferroviarios juntos. Por esos años (70’), yo le ayudaba a mi marido a atender, hacía todas las cosas de la casa, criaba a mis hijos, pero igual le ayudaba a él en el negocio.

El rol más importante que cumplieron las cantinas en esos años fue unir gente, era un lugar de reunión de los ferroviarios y también de otras personas del pueblo. Aquí se reunían, se tomaban su trago, compartían y también aquí mismo se armaban otras reuniones más.

Desde chica, cuando veníamos del campo al pueblo, yo veía funcionar toda la actividad ferroviaria, cuando pasaban las máquinas, el humo, el tizne todo el día cayendo, los trenes de pasajeros y, después, desde aquí mismo, frente a la Casa de Máquinas fui viendo toda la decadencia, aunque no fue tan terrible, por el hecho de que no fue de un día para otro. Cuando ferrocarriles se acaba, también decaen los trabajadores y todo queda en nada. Así, poco a poco, las ventas ya no fueron las de antes y también el cliente ya no era mayoritariamente el ferroviario.

Pienso que debería existir algún reconocimiento a estos locales que, solo en mi caso, son más de 50 años, sin pensar que, antes que yo llegara, ya funcionaba aquí mismo, pero era otra la dueña. Incluso, en esa época, aportamos mucho a la economía, comprábamos a la gente que vendía su vino en el campo, luego lo vendíamos acá y existía este espacio en que el ferroviario se reunía.



Karin Luna Ferrada



Nosotros éramos de Purén, mi madre Clotilde Ferrada Rodríguez y mi padre Jaime Luna Retamal eran de allá. Mi papá, trabajador ferroviario, llegó a San Rosendo por traslado de la empresa. Cuando eso sucedió, mis padres se vinieron sólo con mi hermano, que no tenía más que algunos meses de edad. Luego, en el año 79' nació mi hermana Jessica, y después, Marcela, en el año 82'.

Al llegar, primero, mis padres vivieron en la Quinta Ferroviaria y luego en la población 25 de Octubre. Yo me quedé en Purén y venía en las vacaciones principalmente, en verano y también en invierno, hasta el año 88' cuando me vine al liceo. Yo me quedé allá, y me críe con una tía-abuela materna, pero cada año tenía que venir a pasar las vacaciones con mis padres y hermanos.

En ese entonces, las mamás eran las que tejían, las que cosían, las que nos hacían la ropa, se encargaban de todo eso, y cuando una de ellas no sabía, se juntaba con la vecina a aprender, cómo urdir los puntos, el crochet, el palillo, o si no, era la abuelita la que ayudaba en la confección de la ropa, porque recuerdo que era muy común que la ropa se fuera heredando del mayor al otro, o que la recibieras del primo, porque no se podía comprar para todos. La verdad es que una se la ponía feliz, porque la ropa era de una prima.

En el cuidado de los enfermos, las mamás eran fundamentales, era ella quien debía cuidar y proteger, nos consolaba, nos preparaba agüitas, cuando generalmente los remedios eran aguas de hierbas, no había tanto medicamento.

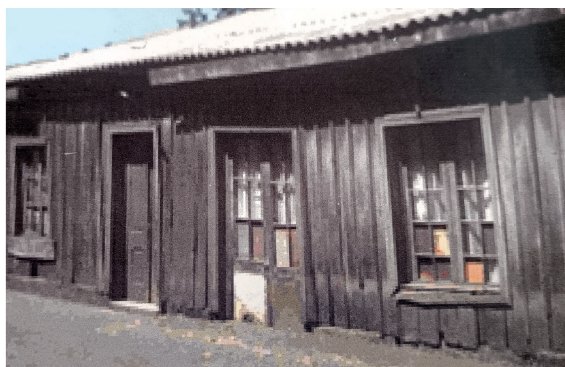


Ahora, si bien en nuestra casa, es cierto que nunca faltaron las cosas, ya que siempre mi papá estaba preocupado, también es verdad que mi mamá nunca pudo disponer de dinero, si en algún momento lo tuvo, fue porque mi abuela se lo daba. Y tampoco podía trabajar, éramos 4 hermanos y era muy difícil que ella pudiera disponer de tiempo, además, mi papá era bastante restrictivo con ella.

Pero igual, durante un tiempo, mi mamá perteneció al grupo de la Cruz Roja de San Rosendo. A ella le encantaba eso, porque su sueño de toda la vida fue ser enfermera, ella se sentía importante haciendo eso, pero, por otro lado, también tenía la presión de mi papá.

Recuerdo que la casa, en la población 25 de Octubre, tenía un patio grande, y ahí se sembraba tomates, maíz, porotos verdes, zapallo italiano, zapallo camote y otras cosas más. Mi mamá, trabajando siempre ahí también. Incluso, recuerdo que cuando éramos chicas, íbamos con una carreta y unos tremendos zapallos a venderlos al Hogar Ferroviario. Aunque siempre era mi papá quien después recibía el dinero. También se criaban chanchos, patos, todo ese trabajo lo hacía mi mamá.

Uno de mis recuerdos son los 20 de enero y 20 de marzo, cuando íbamos a Yumbel. Lo hacíamos en tren, tomábamos el tren acá en la estación de San Rosendo, con mucha alegría, con mucha emoción. Entonces, nosotras en la noche, todas las hijas mujeres y la mamá, éramos las encargadas de preparar los huevos cocidos, el pollo asado, el pan amasado, las papas mayo, las frutas —que teníamos que lavar y luego secar, luego colocarlas en recipientes—, para después ordenar todo en un canasto de mimbre, el agua caliente, el café... Nos íbamos en la mañana temprano en el tren, y muchas veces, como el tren venía de Concepción, nos juntábamos con familia que venía de allá, que también eran ferroviarios, ahí nos juntábamos todos. Los trenes se llenaban, todos felices en la estación. Allá, una vez se pagaba manda, venía la misa y después, a comer todo lo que habíamos llevado, con toda la familia, allá nos encontrábamos con gente conocida, jugábamos, era un paseo familiar porque, además, iba el papá y la mamá que, en nuestro caso, el papá era bien difícil de verlo, encontrarlo en casa, porque al igual que otros ferroviarios trabajaba por turnos y, además, el alcohol era algo siempre presente en el



pueblo. Por otra parte, como muchos papás de esa época, él con nosotros no hablaba mucho. Pero mi mamá cumplió ese rol desde siempre, ella llenaba las faltas.

Mi mamá era hija única, y más de una vez ella le dijo a mi abuela que no daba más, que quería regresarse a casa, sin embargo, mi abuela le decía “tú regresas sola, pero no con tus hijos”, entonces, ella siempre tuvo que seguir en lo que estaba. Mi abuela la crio y trató de educarla, pero a mi mamá nada le gustaba en cuanto a estudios, entonces, después claro, se casó y mi abuela le dijo: “bueno, tienes que aprender a ser una buena dueña de casa”, y eso, era hacer todo, lavar, planchar, cocinar, lavar la ropa del ferroviario que venía impregnada en petróleo, aceite, incluso había que hervirla. Pero ella nunca reclamó, ni dijo estoy cansada, porque era una cosa que “había que hacer”. Había que hacer el pan, por ejemplo, y mi mamá hacía todos los días, tenía que hacer 25 panes grandes y los cocía en un horno de barro, era todos los días y, a veces, mi papá llegaba y tomaba toda esa horneada de pan y se la llevaba y cuando íbamos a tomar once ya no había y mi mamá tenía que volver a hacer. A veces mi mamá lo hacía en la tarde y en la mañana tempranito, antes de que nos fuéramos al colegio, al liceo, mi mamá ya tenía el pan amasado listo.

La mujer, quien estaba prácticamente todo el día trabajando, todo eso, nunca fue valorado.



Cecilia Rodríguez Rodríguez

Yo nací en 1968, aquí en San Rosendo. Mi papá, Héctor Rodríguez Riquelme, era del otro lado del río, de Santa Juana, él se vino como de 11 años al pueblo, a San Rosendo. Mi mamá, era de Valdivia.

Yo crecí en San Rosendo, mi papá era ferroviario, siempre lo fue hasta que jubiló, era mecánico. Recuerdo que cuando mi papá trabajaba, él se iba siempre en bicicleta, llevaba su viandita y salía al trabajo. Cuando llegaba, en la tarde, venía todo sucio, tizado, la ropa toda manchada y recuerdo que mi mamá le pedía que afuerita de la casa se sacara su ropa de trabajo y luego entrara. Él siempre traía una pilgua de carbón para la casa, lo hacía todos los días.

Nosotros íbamos a la Casa de Máquinas a verlo, en ese entonces vivíamos frente

al patio de trenes, nos arrancábamos para allá a jugar, donde mi papi. Yo veía inmensas esas máquinas, gigantescas, mi papá nos subía a las máquinas. Llegábamos a la casa todos cochinos y mi mamá nos retaba.

Mi papá, además, fue parte del Orfeón de Ferrocarriles, había ingresado como a los 12 años a la empresa, donde realizaba diversos trabajos, aunque aún no estaba contratado, por su edad. Pero, en ese entonces, más que por el trabajo, a esa edad, él iba por el entusiasmo que le provocaba ser parte de la banda.

En el Orfeón, comenzó con los platillos, ese fue su primer instrumento, hasta que llegó a tocar todos los demás instrumentos, la tuba, la trompeta, la



caja, etc. La música venía por la línea de su padre, ahí había músicos. Llegó a ser director del Orfeón Ferroviario, por el año 75' más o menos. De hecho, cuando jubiló, en el año 82', él seguía con el Orfeón, salía para Concepción, a Valdivia y otros lugares. Recuerdo que mi papi también nos llevaba, eran viajes largos, pero ahí lo veíamos tocar.

No recuerdo muy bien en que ciudad, pero me acuerdo que fuimos a una casa y después nos subimos a unos carritos -no eran buses- y nos llevaron a una plaza grande que en medio tenía un quiosco, como el de aquí, pero tenía mucho más adorno, como con diseños. Mi papi se subía arriba y a nosotros nos dejaba abajo, sentaditos, porque en ese tiempo, mi mamá ya se había ido, entonces mi papá andaba con todos nosotros, nos llevaba y ahí veíamos a mi papá tocar. Yo me sentía, o más bien, aún me siento tan orgullosa de él. Me da pena recordar, cuando él se ponía delante de todos los músicos y con su varita él los dirigía.

Yo lo veía así, como un príncipe, como que él hacía magia con esa varita, para mí él hacía magia y también él nos decía que era un mago, que con esa varita hacía tocar a los músicos. Yo siempre le creí. En ese momento, como a ellos, en ferrocarriles, siempre le regalaban los pasajes, o pases, podía llevarnos a todos nosotros cuando salía en giras largas.

Mi papá, también estuvo a cargo del Orfeón en Laja, por un tiempo, y después, formó una banda escolar, acá en San Rosendo. En ese entonces, ya se había terminado el Orfeón Ferroviario de San Rosendo, aún recuerdo cuando llegó a la casa el maestro García con otro caballero más, y retiraron todos los instrumentos, atriles, cuadernos, todo; mi papá sólo pudo quedarse con su trompeta, que él había comprado. Ellos dijeron que el director de ferrocarriles había mandado a buscar todos los instrumentos y que los llevaban a Concepción, mi papá los entregó.



En cuanto a la mujer, en esa época, ellas no tenían voz ni voto, muchas veces lo que hacía el hombre tenía que hacer la mujer, incluso a veces no se podía salir sola o tener amistades hombres. Estaban muy esclavizadas en el hogar. Al menos, como mi papá, el “Sr Rodríguez”, tuvo buena situación en ese tiempo, podía tener una empleada, para que ayudara a mi mamá en las cosas. Fueron bonitos tiempos, podíamos viajar, y cuando lo hacíamos, lo pasábamos muy bien.



Raquel Salazar Vergara



Nací en el año 1943, en San Rosendo. Me crié en este pueblo y fui parte del primer grupo de estudiantes que ingresó a estudiar al primer liceo de la comuna, el Ivonne Reveco, en el año 1957. Fue el primer centro educacional de humanidades, ya que antes, al finalizar la primaria, para quienes no podían salir a estudiar afuera, solo existía la posibilidad de ingresar a la escuela nocturna, recientemente creada, de la cual también fui parte antes de entrar al Liceo; allí aprendí a escribir a máquina (dactilografía) y a redactar (redacción comercial). Recuerdo que fue cuando ya cursaba mi segundo año, cuando el liceo obtuvo el reconocimiento del Ministerio de Educación, pasando a funcionar bajo la tutela del Liceo de Hombres N° 2 de Concepción y, por su puesto, cambiando su nombre.

Después de eso, fui la primera mujer en llegar a trabajar a la municipalidad, la primera mujer en ser parte de la administración comunal de San Rosendo. Ahí trabajé por más de 40 años, hasta el año 2010.

Mi padre, Rubén Salazar Rivera, era ferroviario, y mi mamá, Elsa Vergara Vergara, dueña de casa. Hay que considerar que, en esos años, las esposas, generalmente trabajaban dentro del hogar, ya que, para ellas, era muy difícil conseguir un trabajo afuera, más aún un título. Por otro lado, cuando yo era niña, la vida era muy estricta y los padres tenían mucha autoridad. además, en general, se vivía en condiciones mucho más difíciles que hoy en día.

El trabajo de una mujer, de una esposa de ferroviario, era bastante duro, era sufrido. El lavado a escobilla de ropas muy manchadas de ferroviario, cocinar con el carbón de piedra, hacer el pan para toda la familia que, en ese tiempo, nunca eran pocos niños, a los que, además, había que cuidar y educar. Principalmente para la mujer, la sociedad era mucho más desventajosa.

Cuando era niña o adolescente, no era muy buena para salir al río, a bailes o fiestas, me gustaba mucho la lectura, yo era de leer y leer. Cuando estaba desocupada, siempre prefería leer.

Recuerdo que una vez me invitaron al baile por la inauguración del grupo escolar en 1963, yo no quería ir, pero invitaron a mi mamá y a nosotros también. Entonces, mi mamá me dice “ya, arréglate porque vamos a ir al baile”, “no, yo no voy a ninguna parte, prefiero quedarme leyendo, ¿a qué voy a ir?, si ni siquiera sé bailar”, y ella me dice “te arreglas o si no...” y tuve que ir. En ese baile pinché con mi marido y, por si fuera poco, salí elegida reina del baile.

En el año 1963 entré a trabajar como secretaria administrativa a la municipalidad, un lugar donde siempre habían trabajado solamente hombres. De hecho, por esos años, cuando llegó el ingeniero general a cargo de la construcción de la escuela nueva, me nombró “la perla de la alcaldía”, porque se sorprendía de ver a una mujer trabajando ahí. Todos comentaban que era la primera mujer que entraba a

trabajar en la municipalidad. Recuerdo que éramos alrededor de 7 funcionarios en ese tiempo. Éramos pocos, pero también eso hacía que lo pasáramos bien, que fuéramos cercanos, hasta sobrenombres nos teníamos.

Una anécdota, es que con mi primer sueldo me compré un acordeón, porque me gustaba mucho la música, y cuando tenía como 14 años, siempre decía, “cuando trabaje, voy a comprarme un acordeón”. Lo compré, recuerdo que los Eltit tenían su tienda debajo de la municipalidad, y ahí lo compré, como era conocida, me lo dieron a crédito. Aprendí, e incluso, para las celebraciones que había en la municipalidad, me pedían que lo llevara y tocara, entonces, mientras yo tocaba, don Galvarino Sepúlveda cantaba. Los

demás bailaban. Tocaba corridos y vals. En ese tiempo, aún vivía con mis padres, así que también compré un living, una cocina a gas, a la que todos tenían miedo de encender, porque nunca se había visto una.

Y así, en sólo 6 años, ascendí de secretaria administrativa a secretaria municipal y, finalmente, en 1995 llegué a la Unidad de Control.

En ese entonces, cuando entré, recuerdo que casi no había técnicos en la municipalidad, no había ingeniero, asistente social, etc., por lo que, cuando se realizaba una obra u otro proyecto, llegaban los fondos y también los técnicos para realizarlos. Pero igual, muchos profesionales terminaban consultándome a mí, porque yo conocía el funcionamiento, además, era buena para leer y, por otro lado, siempre tenía contacto con otras colegas que tenían título en otras comunas. Incluso, cuando me tocaba hacer los informes financieros u otras cosas complicadas, viajaba a Yumbel donde me ayudaban a hacerlo. Así, fui aprendiendo y tomando mucha experiencia.

Después, como secretaria municipal, tenía que redactar los decretos municipales, las bases de licitación de construcciones, y aunque éramos tan pocos funcionarios, siempre me las rebusqué para cumplir con todas esas cosas. Además, desde que entré, como uno llega sin saber mucho, debo reconocer que todos me ayudaban o me explicaban sobre lo que no supiera.



También me tocó asumir un rol mucho más público, cuando tenía que asistir a los actos que se realizaban en la comuna o afuera cuando había reuniones de alcaldes, incluso, por el grado, también tenía que ir en reemplazo de la alcaldesa acá y en otros lugares.

Por otro lado, tuve el cargo de juez en los años en que el alcalde era Juez de policía local, y como, en ese tiempo, el cargo de alcalde prácticamente no era pagado, estaban muy poco tiempo en la municipalidad, teniendo que asumir yo esa función de juez. Además, entregábamos las patentes comerciales, de vehículos, todo eso. Recuerdo que tuve que dirimir muchos conflictos que se daban entre vecinos.

Me casé en el año 64', cuando tenía cerca de 22 años. Tuve mis 2 hijas y, todo ese tiempo, siempre trabajando. Al menos, eso permitía que ellas se criaran con nana. Además, cuando ya fueron creciendo, pasaban bastante tiempo con mi mamá también.

Yo estoy conforme con todo lo que hice. Comencé jovencita a estudiar, siempre fui la mejor alumna y busqué aprender cosas, porque siempre quise aspirar a tener más comodidades de las que había en mi casa.



María Olivia Henríquez Pereira

Nací en el año 49' y soy hija de ferroviario. Mi padre, Orfelino Henríquez, trabajaba en la sección de Transporte y después de un accidente que él tuvo, continuó trabajando en la bodega de ferrocarriles, a un costado de la cooperativa, donde llegaban los equipajes, encomiendas y pedidos para San Rosendo. Él venía de Millapoa. Mi mamá, Blanca Pereira, tenía parte de su familia aquí en San Rosendo, y por esa razón venía para acá. Su madre, mi abuelita materna, trabajaba en la estación de Santa Fe, tenía un puesto donde vendía desayuno. Durante la década de 1940 ellos se conocen, y se casan alrededor del año 45'. Tuvieron 5 hijos, de los cuales yo soy la única mujer.

Mi mamá, aparte de su trabajo con nosotros y la casa, puso un negocio, en la misma casa donde vivíamos, donde vendía frutas, verduras y otras cosas más. Recuerdo que mi papá le traía las verduras cuando pasaba por otros lugares y ciudades en el tren y, además, le ayudaba a poner los precios a las cosas, de acuerdo a lo que él las había comprado. Mi mamá fue una madre siempre muy presente, más aún, cuando falleció mi padre de forma tan repentina, yo tenía 10 años y



ella quedó sola con nosotros. De hecho, a pesar que a mí no me gustaba mucho porque creo que todas las mamás tienen cosas buenas, una vez a ella la eligieron la mejor mamá en la escuela de hombres. En esa ocasión, un profesor, hizo un discurso muy lindo para mi mamá, por la fuerza que tuvo ella para seguir adelante a pesar de la muerte de mi papá. Ella siguió con nosotros, con las cosas que vendía, pero también recibiendo el apoyo de algunas personas del pueblo, ya que tuvo que pasar un año sin sueldo, a la espera del aporte de ferrocarriles. Pero en esa época, éramos un pueblo muy solidario.

Como anécdota de esos años, recuerdo la huelga de las mujeres montepiadas de ferrocarriles a principios de los años 60', durante el gobierno de Jorge Alessandri, en esa ocasión, las mujeres con toda valentía detuvieron el tren

de las 11 de la mañana que iba para Concepción. Luchaban por el aumento de montepíos y jubilaciones, además del alza en el costo de la vida.

Yo formé parte de la primera generación que egresó de 6° de humanidades en el liceo de San Rosendo. Nos sentíamos felices, además los apoderados habían trabajado mucho, al punto de que a cada una de las mujeres nos regalaron una medalla con un grabado y a los hombres un pasador de corbata y colleras de camisa muy bonitas. Como regalo para el liceo, dejamos el busto de Gabriela Mistral con los 13 nombres grabados, que hasta el día de hoy se encuentra. La ceremonia fue en el teatro y finalmente, la fiesta junto al 5° de humanidades.

Tiempo antes del golpe militar, ya se encontraban formados dos centros de madres, el Javiera Carrera, que agrupaba principalmente señoras de maquinistas



y fogoneros y, por otro lado, el Gabriela Mistral, donde se reunían muchas mujeres también. Mi mamá participaba en este último como socia o posiblemente con algún cargo. Con el Golpe y la dictadura, los centros de madres, que antes se organizaban en la Coordinadora de Centros de Madres (COCEMA), pasaron a ser CEMA-Chile, una institución presidida por Lucía Hiriart. De ahí en adelante, los centros ya no se reunían como antes. Pero a mi mamá, la llamaron en el año '74 para ser parte de CEMA, fue algo muy difícil para ella porque prácticamente tendría que ser representante de Hiriart acá, con su hijo que prontamente partiría al exilio y otro preso aún, con todo ese dolor de lo vivido producto del golpe, se vio contra la espada y la pared, tenía a uno de sus hijos en la marina y de no aceptar, quizá se tomaría como un acto de rebeldía.

Entonces, ella asumió la vicepresidencia comunal de CEMA-Chile, ella tenía que ver con todos los centros de madres a nivel comunal. Tenía que estar en todos los actos oficiales, pero también visitaba el campo, enseñaba distintas cosas que ella sabía a las personas, visitaba el comedor parroquial, el jardín infantil, etc. En cierta medida fue forzada a estar ahí, pero como también le gustaba ayudar a la gente, lo tomó como una forma de estar al lado de las personas y sobre todo con las mujeres. También intercedió por algunos vecinos e insistió a que las visitadoras sociales salieran a



ver la realidad en el territorio. Estuvo hasta el año 87', cuando renunció por su salud.

A raíz del Golpe, la cesantía y la pobreza en San Rosendo aumentaron, y entonces, surgió la necesidad de crear un comedor parroquial, a lo cual me dediqué por mucho tiempo. Pero primero, personas preocupadas de lo social, entre ellas la señora Edith Andrade, habían organizado una olla común abajo en "El Valle", y fue muy poco tiempo después, cuando el padre Alfonso dijo que no podía ser que los niños estén ahí a la intemperie y todo eso, así que ahí se vinieron todos a la parroquia de la iglesia. Desde un comienzo, la principal ayuda la recibimos, por una parte, de Caritas Chile, pero, por otro lado, quienes ayudaron mucho para todos esos niños que estaban sin alimentos, sin nada en sus casas, fueron los propios vecinos, como la señora Elda Arriagada y don Juan Leiva que tenían carnicería y nos donaban cosas, o don Miguel Figueroa con la señora Silvia que también nos enviaban algo para poder preparar. Así estuvimos por 10 años. De esa forma, primero, como grupo parroquial, recolectábamos alimentos por las casas o nos llegaban aportes, por ejemplo, aunque mucho después, durante la huelga de los ferroviarios, todos los alimentos que les quedaron al término de la paralización, lo iban a dejar al comedor, también en los aniversarios del liceo, todo lo que juntaban los chiquillos lo iban a entregar al comedor.

Después, a principios de los 80' llegó el padre Jorge, y se dio cuenta del mal estado del lugar donde estaba el comedor y las condiciones poco higiénicas para que estuvieran los niños. Entonces, nos pidió que le ayudáramos, diciéndonos si nos animábamos a cooperar y pedir ayuda al pueblo para hacer un nuevo comedor parroquial. Él se consiguió las estructuras metálicas en Laja y con la ayuda de la comunidad se hizo. Sin ayuda estatal ni municipal, solo la comunidad. Reunimos el dinero con la gente del pueblo, con beneficios y bailes incluso.

En ese momento, el padre me pidió que le ayudara en la parte administrativa con un proyecto para Visión Mundial (ONG World Vision), había que hacer cartas, visitar y completar fichas de los niños, hacer informes y todo eso. Yo le dije que sí, necesitábamos apadrinar 50 niños. Lo completamos y lo enviamos. Se aprobó y comenzaron a enviar una ayuda que nos sirvió mucho, pudimos de esa forma mejorar el menú de los chiquillos. Era un proyecto que era por 2 años, pero al final, se quedaron por 9 años con nosotros. Muchos niños eran apadrinados, y muchos padrinos enviaban regalos especiales para ellos, otros, venían a Chile para verlos. Además, recibí harta colaboración de mi hermano Jorge, que se encontraba en el extranjero, él me enviaba 200 dólares todas las navidades para hacer la once a los niños. Ahí, hasta les comprábamos poleras, de esas blancas con monitos, les hacíamos la once de navidad con aportes de la comunidad,

incluso teníamos voluntarias. Finalmente, Visión Mundial se fue y llegó Sename, y aunque llegó financiando, lo que significaba sueldos e implementación, ya era algo diferente, no prosperó mucho tiempo.

La organización de los comedores parroquiales, fueron un ejemplo de cómo la propia comunidad pudo organizarse para solucionar un gran problema que en un momento surgió en el pueblo. Hubo mucha gente que aportó de forma voluntaria, cuando hacíamos las onces navideñas algunas nos ayudaban en el orden con los niños, otras nos ayudaban a hacer dulces y esas cosas, a enseñarle a las niñas a tejer, por ejemplo, a hacer sopaipillas, calzones rotos, muchas cosas. Nos preocupábamos de que tuviesen actividades de recreación, aprendieran distintas cosas, pero también les enseñábamos a ser buenas personas, y sé, que lo que más valoran hoy en día los que estuvieron con nosotros, es el cariño que ahí recibieron.



"La historia nunca estará completa sin nosotras"

COARTCUL Raíz del Biobío



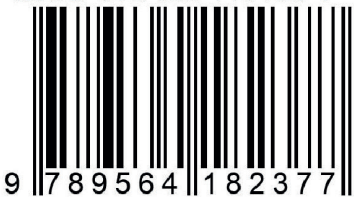
Memorias del rol de la mujer en la vida ferroviaria de San Rosendo (1960-1980)



*Proyecto financiado por Fondo del Patrimonio Cultural - Concurso Regional /
Estudios / Investigación, registro y levantamiento de patrimonio cultural.
Adjudicado por Colectivo Artístico Cultural Raíz del Biobío*



ISBN: 978-956-418-237-7



9 789564 182377